



OBISPO



OBISPO

HOMILÍAS

VII Encontro Interdiocesano de Pastoral Penitenciaria

Santiago de Compostela. 18 de xaneiro de 2020.

Heb 13,1-9

Mc 2, 13-17

Benqueridos irmas e irmáns:

Xesús, que é o Evanxeo vivo, nesta Eucaristía, con ocasión deste sétimo encontro interdiocesano de pastoral penitenciaria, sae unha vez máis ao noso encontro e sitúase ao borde do noso camiño e dende alí míranos ao corazón e dinos: *Sígueme*. O seguimento ao que nos convida Xesús é para facer chegar a súa presenza de vida, de curación e de esperanza a todos, de maneira especial a aqueles que se atopan necesitados porque non *necesitan médico os sans, senón os enfermos*.

Nunha sociedade como a nosa dámonos conta que hai moitos enfermos, moitos necesitados, hai moita xente que necesita que alguén lles escoite, lles axude, lles preste atención. Como voluntarios cristiáns que exercedes un ministerio tan especial e delicado, sabedes que o facedes porque hai algo no máis íntimo do voso ser que vos impulsa a converter en realidade o que o autor da carta aos Hebreos proclamaba con tanta forza: *Conservade o amor fraterno e non esquezades a hospitalidade: por ela algúns, sen sabelo, hospedaron a anxos. Acordádevos dos presos coma se estivédeses presos con eles*.

A nosa fe cristiá convídanos a vivir unha especie de empatía cos irmáns e as irmás necesitados, de maneira especial con aqueles que se atopan internos nos centros penitenciarios que nos deixan atender ata agora. Sexan cales sexan as circunstancias máis críticas da súa historia, non podemos esquecer que non perderon a súa dignidade como seres humanos que son, pero ademais, para nós, hai un plus adicional moi importante: son fillos do Bo Pai Deus e como tal, sentímolos como irmáns que necesitan da vosa escoita, da vosa proximidade; en definitiva, necesitan desa empatía radical que só a fe cristiá pódenos dar.

Somos conscientes de que temos dificultades e seguro que co tempo, máis breve que longo, estas van aumentar. Isto non significa que nos repréguemos senón que nos convenzamos de que o Señor nunca nos deixará nin nos abandonará. E, por conseguinte, nunha sociedade tan complexa como a nosa onde se están comezando a transmutar ideoloxicamente os valores fundamentais ao redor da rea-

lidade da vida humana e o seu valor universal, isto obríganos a formarnos ben e a acoller os principios básicos dunha verdadeira ecoloxía humana que atopa o seu cimento nunha antropoloxía que afunde as súas raíces non só no mundo bíblico senón na racionalidade do saber humano, que se apoia na reflexión filosófica greco-romana, reflexión que foi e segue a ser o fundamento do chamado mundo occidental. Vós como voluntarios da pastoral penitenciaria sodes auténticos axentes de humanización cando vos achegades aos homes e ás mulleres feridos; ante eles queredes imitar ao gran mestre que é Xesús que *pasou facendo o ben*, que liberou de todo mal, que curou toda doenza, que tivo a coraxe de loitar polo ser humano concreto. Vós sodes ese rostro que facedes crible o perdón, a gratuidade, a esperanza, a sanción de tanta dor. Sodes aqueles que a través da dinámica do encontro sodes como as mans, os beizos e as palabras do mesmo Xesús que en vós quérese converter no cireneo da humanidade rota, no camiñante descoñecido do Emaús existencial dos internos dos centros que atendedes.

Amigos meus: a pregunta que tantas veces témonos que facer é como sorrir e xerar esperanza cando nos atopamos con tantas historias rotas que nos resultan, humanamente, irrecuperables? como manter a forza interior para non perder a intensidade na escoita do necesitado, sen cansarnos do que nos din? Só hai unha resposta: deixar que na nosa vida entre a luz do Señor a través da oración, e sobre todo da loita constante por manernos na dinámica da gracia. Só así seremos esas auténticas testemuñas misioneiras que está a pedir o papa Francisco.

Que a nosa Señora das Mercedes nos axude e nos acompañe nesta tarefa da nova evanxelización sendo fieis ao ser humano que se atopa nas periferias da nosa sociedade e agarda a que lle axudemos a sandar das súas feridas.

Jornada de la Vida Consagrada

Iglesia Conventual de los PP. Franciscanos. 1 de febrero de 2020.

Mis queridos Hermanos sacerdotes concelebrantes

Hermanos y Hermanas que formáis parte de la Vida Consagrada

Hermanas y hermanos míos en el Señor.

Paz y Bien.

Con este saludo tan franciscano quisiera comenzar mi homilía de este día. Hoy nos hemos congregado, como cada año, para celebrar la Fiesta de la Presentación del Señor, fiesta de luz y de encuentro; y con ella celebrar la Jornada de la Vida Consagrada representada en tantos consagrados que hoy estáis aquí presentes y otros muchos que no han podido venir y en el espíritu los sentimos a nuestro lado.

Es una ocasión hermosa para dar gracias a Dios por cuantos vivís vuestra pertenencia al Señor en un camino de seguimiento e imitación en la rica diversidad de carismas reconocidos como tales por la Iglesia. Gracias al Señor y gracias a cada uno de los consagrados por vuestra fidelidad.

En la fiesta litúrgica que estamos celebrando, de forma anticipada, podemos contemplar como Jesús es presentado en el templo para ser ofrecido a Dios. Él, que es el verdadero Templo, el consagrado por Dios mismo como su morada, el Verbo hecho carne, nacido de María Virgen, verdadera Madre de Dios, cuya fiesta de la maternidad divina hemos celebrado justamente hace hoy un mes.

Los templos, nuestras iglesias parroquiales tan hermosas, y de un modo especial la Catedral, sede del Obispo, son signo de la Iglesia de Cristo sobre la tierra e imagen de la Iglesia Santa en el cielo. Entramos en los templos para ofrecer nuestra vida al Padre en Jesucristo y con Jesucristo; os invito a que volvamos a entrar hoy, como si fuera por primera vez, sintiendo la fascinación de lo divino que se quiere encarnar en nosotros a través de la dinámica de la gracia. Descubrámonos y descalcémonos porque el lugar en el que entramos y que pisamos, es un lugar santo. Cuantos hombres y mujeres a lo largo de la historia han rezado, se han entregado al Señor y consagraron sus existencias a Dios entre las piedras de este templo. Que la liturgia de este día nos ayude a descubrir que también nosotros estamos llamados a ser piedras vivas del templo de la gloria de Dios.

Pero, además de la presentación de Jesús en el templo, hoy se nos invita a vivir la liturgia de la luz que resplandece en este día en que el mismo Jesús, Luz del mundo, es presentado en el templo y reconocido por Simeón y Ana como la Luz y la Esperanza de un pueblo. Esta realidad que celebramos debe situarnos a nosotros, especialmente a los consagrados, como esa luz y esa esperanza para los hermanos, especialmente para *los que más carecen de luz, aquellos que caminan en la ignorancia, en la increencia y en la indiferencia; pero, además, sois la esperanza*

de los tristes, de los que lloran, de los que sufren por cualquier causa. Ellos os necesitan, nosotros también os necesitamos. Y así, entregándoos a ellos desde las ansias redentoras del Corazón de Cristo, hacéis crecer a la Iglesia y, lo que es más importante, a través de vuestra vida resplandece el hermoso rostro de nuestro Señor Jesucristo sobre esta tierra y sobre nuestras gentes.

Me vais a perdonar que aproveche, una vez más esta ocasión, para hablaros de algo que, como pastor de esta Iglesia, llevo muy en el corazón, me refiero al Sínodo Diocesano, del que sois protagonistas, y que sigue contando con vuestra presencia y aportaciones durante las Sesiones de la Asamblea Sinodales que se están realizando. Esta realidad eclesial que sé muy bien que habéis acogido con ilusión y esperanza, tiene que situarnos desde este momento con la mirada en la Jornada de Clausura, los días 6 y 7 de junio, pero quisiera deciros algo más, con los pies y el corazón en el día 8 de junio - al día siguiente de la clausura oficial - y en los días sucesivos. Caminamos juntos durante esta etapa sinodal, y seguiremos caminando hacia una mayor comunión y colaboración eclesial, que cuenta con todos y necesita de todos. Recordad lo que nos decían hace tan solo unos días en las Jornadas de Teología: “O vamos juntos o no iremos a ninguna parte”. Esta experiencia sinodal creo que nos está sirviendo para redescubrir, una vez más, la riqueza de esta Iglesia que es un misterio de comunión y amor. Un misterio que se encarna en cada uno de los rostros humanos con los que vivimos en comunidad o nos encontramos en el camino.

Sabemos muy bien que este camino, esta misión que queremos vivir en la Iglesia a través de vuestro carisma singular que nos enriquece a todos, esta llamada a ser luz y sal, no la podemos vivir al margen de la Iglesia. Sentimos con una urgencia especial el programa de santidad y comunión que San Juan Pablo II nos trazó al inicio de este milenio, y que el papa Francisco nos ha recordado y actualizado en estos años de su pontificado. Necesitamos hacer de esta Iglesia local, de cada una de vuestras comunidades y de cada parroquia y familia, una casa y escuela de comunión en la que se aspire de verdad a la santidad.

Sabemos que no es fácil, pero no estamos solos; Él camina delante y a nuestro lado, en esta comunidad fraterna que formamos los cristianos. Es nuestra corresponsabilidad hacer de nuestras casas ese espacio de comunión en el amor. La experiencia sinodal nos está ayudando a madurar en este sentido. Es la hora de no tener miedo..., *duc in altum*, mar adentro, o como reza esa antigua leyenda jacobea: “*ultreia, et esuseia*” más allá, más arriba. Qué inspiradoras son estas palabras para los que también queremos hacer de nuestra vida una peregrinación, como Jesús, como María y José. Es la peregrinación que nace de la obediencia de la fe.

El texto evangélico que se nos acaba de proclamar nos presenta a la Santísima Virgen y al bienaventurado José como un ejemplo de obediencia, de observancia, en definitiva, de amor fiel a Dios. Esos pasos seguirá Jesús, que hoy es

presentado en el Templo. La vida de Jesús es una constante peregrinación hacia Jerusalén, hacia la culminación de amor más grande. No tenemos otra meta ni otro referente. La vida consagrada es vida ofrecida como la de Jesús, como la de María, como la de José, para caminar sin cansarse porque, recordad lo que decía aquella alma consagrada: *el alma que anda en amor ni cansa ni se cansa*. Cuanto más puro y autentico sea nuestro amor y se transparente así en nuestro quehacer cotidiano, más resplandecerá la hermosura de esta Iglesia que es nuestra Madre. La misión de la Iglesia depende de nuestra calidad en el amar. Una Iglesia que ama es una Iglesia viva, misionera, en la que los más heridos de este mundo y de esta sociedad puedan descubrir y encontrarse con el amor de Jesucristo vivo. Esa es la Iglesia que esperan tantos de nuestros contemporáneos. No la Iglesia de la ventanilla, o del balcón - como dice Francisco -, no la de las tasas, ni de las normas arbitrarias, ni aquella que se dejan traslucir tras los caprichos y manías de unos cuantos. La Iglesia que aguardan los hombres y mujeres de hoy es una Iglesia que ama, que sirve, que se inmola, que reza y que se entrega en silencio por la causa de la Humanidad rota y herida.

Hemos sido llamados a testimoniar el mismo amor de Jesús, y no nos podemos conformar con menos. Caminemos, entre debilidades y limitaciones, pero caminemos, caminemos juntos, ayudándonos en este camino de amor y santidad.

Como María, reza el lema de esta Jornada de la Vida Consagrada. Ella está a nuestro lado, nos acompaña y nos enseña este arte de amar y de acompañar: el arte de saber estar con el corazón allí donde se nos necesita. Esta mañana peregrinaba hasta la parroquia de Santa María y San Francisco de O Tameirón, la parroquia de san Francisco Blanco, un joven misionero franciscano nacido en aquellas tierras ourensanas. Su fidelidad al Amor le llevó a entregarse como testigo misionero en los confines del mundo, allí, siendo todavía muy joven, murió como su Señor: crucificado. A San Francisco Blanco os encomiendo. Encomiendo los deseos de este pastor para esta Iglesia, deseos que se quieren hacer realidad en el Sínodo que busca: revitalizar la fe de nuestro pueblo; acrecentar la comunión en esta Iglesia local; despertar la corresponsabilidad de todos los bautizados y adaptar nuestra pastoral y las estructuras eclesiales a la nueva situación social y religiosa que están viviendo nuestros pueblos y sus gentes para hacer de esta Diócesis una Iglesia más misionera.

Que Santa María Madre, copatrona de nuestra diócesis, nos ayude a recorrer con nuevo entusiasmo los caminos de la vida, como Ella, con confianza, siendo instrumentos de la Paz de su Hijo, como diría nuestro Seráfico Padre San Francisco de Asís.

Exequias por la Hna. Josefina Fernández Fernández, Misionera del Divino Maestro

Capilla de Montealegre. 20 de febrero de 2020.

Jn 3, 1-2 (Ritual nuevo p. 1228. Lecc. Nuevo, p. 502 (XIV))

Mt 5, 1-12 (Ritual nuevo p. 1232, Lecc, p. 506 (I))

Mis queridos Hermanos sacerdotes concelebrantes

Mis queridas Hermanas Misioneras del Divino Maestro

Ante todo, permitidme que exprese, en mi nombre y en el del Presbiterio Diocesano, mi más profundo sentimiento a nuestro hermano sacerdote D. Emilio y a toda su familia por el tránsito a la eternidad de nuestra Hna. Josefina Fernández. Este sentimiento es mutuo ya que ella siempre estuvo muy vinculada a la vida y a las actividades pastorales de esta Iglesia particular y de los sacerdotes, en los diferentes lugares en donde con mucha fidelidad, entrega y alegría, vivió su vocación como misionera, encarnando el carisma de los fundadores de los que ella ha tenido la suerte de ser testigo directo.

¡Hermanas y amigos todos en el Señor!

La liturgia exequial de la Iglesia nos sorprende cada día ofreciéndonos la clave correcta para vivir la muerte del ser humano, y lo hace colocándonos delante, cada día, la certeza que brota de la alegría del Resucitado. Y, con ocasión de la muerte de nuestra Hermana, hemos escuchado estos dos textos de la Palabra de Dios que nos ayudan a descubrir el auténtico sentido de la vida en perspectiva de eternidad y, cuál es la clave de esa eternidad después de la muerte. En realidad, muerte y vida son como las dos caras de la misma realidad que es la existencia humana. Hemos sido llamados por el Señor y regalados con el don de la vida y de la vocación para que todo nuestro ser y obrar estuviese transfigurado por esa llamada que todos llevamos encerrada en nuestra existencia: la Vida eterna.

En la primera lectura hemos podido comprobar cómo, ya en los albores del cristianismo, en medio de las graves dificultades que los cristianos sufrían por ser fieles a la Buen Nueva de la Palabra de Dios, no perdían la alegría; es más, era una característica de los auténticos seguidores de Jesús. Las dificultades, los dolores, las enfermedades, las incomprensiones, las críticas, ni siquiera la certeza de una muerte segura por ser fieles al Evangelio, podían apartarlos de la fuerza y del dinamismo que el Espíritu del Resucitado dejaba crecer en los que le eran fieles. Era tal la elocuencia de aquellos gestos valientes, esperanzados y alegres, que los primeros cristianos, al igual que nosotros hoy, se llenaban de alegría y de esperanza al escuchar aquello que les decía san Juan: *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!* (*Jn 3, 1*) Con la fuerza de estas palabras en donde descubrían que el Buen Dios nos *primerea en el amor* y nos

concede el gran don de la filiación divina les llevaba a realizar ese testimonio de vida que hace que todo se llene de alegría y esperanza, algo similar a lo que nos recuerda la Escritura: *La ciudad se llenó de alegría* (Hch 8, 8).

¿Acaso, los que estamos hoy aquí cuando nos encontrábamos con la Hna. Josefina - y esa experiencia era frecuente - no hemos percibido en ella ese signo de la alegría, de la paz y de la serenidad que nos reconfortaba a todos! Con su mirada cargada de vida nos abría a la esperanza agradecida porque su vida era un don de Dios para nosotros. En este sentido, con qué fuerza nos habla el papa Francisco de la santidad en lo ordinario, en la vida corriente. El mismo nos dice: *Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos, viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día* (*Gaudete et exsultate*, n.º 14). La santidad es don del Espíritu en cada uno de nosotros. Basta que nos abramos al misterio fecundo de ese Dios que nos primerea en el amor. La santidad a la que el Señor nos llama *irá creciendo con pequeños gestos* (n.º 16). Esos gestos que tantas veces pasan desapercibidos y que constituyen el alma de la vida cotidiana de cada persona y, especialmente, de cada comunidad religiosa. Esos gestos, casi siempre insignificantes, iban como esculpiendo la personalidad de nuestra Hermana. En ella hemos descubierto esos “pequeños gestos” de los que os habéis hecho eco en la semblanza trazada al comienzo de la Eucaristía. Pequeños gestos que se convertían en luz y sal en medio de los momentos complicados o tensos por los que pasa, habitualmente, toda comunidad religiosa y toda persona, de manera especial, nuestra Hna. Josefina, a lo largo de bastante tiempo supo estar presente al lado de sus hermanos ejerciendo, sin ser notada, la alegría del ministerio de la buena samaritana.

Cuál es la clave, Hermanas mías religiosas, mis queridos hermanos sacerdotes: La clave es optar por *vivir el momento presente colmándolo de amor* (n.º 17 final) así nos lo recuerda el Papa. Se trata de aprovechar todas las ocasiones de nuestra jornada y realizar todas las acciones ordinarias de manera extraordinaria. Y esa forma extraordinaria de hacer las cosas, sin hacer ruido, es obra de la fidelidad a la gracia de tantas almas consagradas. Ese es el camino de la santidad que constituye *el rostro más bello de la Iglesia* (n.º 9). Así luchó por vivirlo esta Hermana nuestra y su lucha interna, de cuyas victorias y derrotas sólo Dios es testigo, brotaba esa alegría que le ha caracterizado. Una alegría que se trasvasaba a todos haciendo realidad aquello que hemos dicho antes *¡Y la ciudad se llenó de alegría!* Y nosotros podemos decir que como cristianos consagrados, si vivimos como lo hizo nuestra Hna. Josefina: ¡la Comunidad se puede llenar de alegría! ¡el hogar se puede llenar de alegría!... ¡el Presbiterio se puede llenar de alegría! ¡la residencia de persona mayores con o sin Alzheimer se puede llenar de alegría!... Y esto se puede conver-

tir en realidad si subimos el perfil de nuestra vida cristiana y consagrada -como nos lo enseñan tantos santos anónimos- ¡los santos de lo ordinario!, **los santos de la puerta de enfrente**, como nos recuerda el Papa. Y no nos olvidemos que *el santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado* (nº 122).

A la luz de esta realidad que estamos viviendo, con dolor y esperanza, ante los restos mortales de nuestra Hermana, y, sobre todo, interpelados por la Palabra del Señor, nos damos cuenta, mis queridos hermanos y amigos todos, que nuestras comunidades, nuestras parroquias, nuestra Iglesia son lo que son en la medida en que nosotros seamos auténticos *testigos misioneros* y no nos dejemos atrapar por el pesimismo, la negatividad, las faltas de correspondencia a la gracia, sino todo lo contrario, que nos esforcemos por cuidar la vida de fraternidad, la comunión, el espíritu de sinodalidad al que nos invita el Santo Padre Francisco.

Mis Hermanas Misioneras del Divino Maestro, ¡qué importante es vivir ese espíritu de comunión! Siempre nos encontraremos con cruces, complicaciones de carácter y de convivencia, los mismos dolores y las debilidades de los años que pasan pueden hacer de nuestra Comunidad o bien una familia, o una antesala del Purgatorio.

Permitidme que os cuente una anécdota personal, que seguro ya conocéis. Pocos días después de mi llegada a Ourense una Misionera del Divino Maestro me entregó, en nombre de todas, un sencillo objeto de metacrilato en forma de nave - la Iglesia también se representa como esa nave sacudida por los temporales - y en la vela de esa nave se puede leer un pensamiento de uno de mis predecesores, ¡seguro que lo recordaréis, porque fue vuestro P. Fundador!, D. Francisco Blanco Nájera, cuyos restos descansan en este templo; en ese objeto se lee: *Lo que tú seas, serán tus sacerdotes. Lo que tú y tus sacerdotes sean, será tu Diócesis*. Desde el primer momento lo he puesto en mi mesa de trabajo, allí donde paso más tiempo, ¡y me hace mucho bien repasarla! Sobre todo, cuando arrecian las dificultades y los problemas se enquistan y se resisten a ser solucionados, porque la solución no depende de mí. Cuando se hace “noche” y parece que a uno le entran las ganas de arrojar los remos... ¡de tirar la toalla! Al leer esa frase viene a mi recuerdo aquella otra de san Juan Pablo II: ¡Rema mar adentro! *Duc in altum!* (Lc 5,4). Un pensamiento que ha sido recogido por el papa Francisco. ¡*Mar adentro!* Creo que esta jaculatoria evangélica pudiera sintetizar la vida de nuestra Hermana.

Las muchas veces que me encontré con ella siempre he recibido una sonrisa, una certeza de su compañía orante y, me di cuenta de que tenía delante una consagrada que vivía con renovada ilusión el espíritu de la sinodalidad que se está viviendo en nuestra Iglesia Diocesana y que vosotras - también desde aquí, con vuestra debilidades y carencias físicas, que son de una gran riqueza para Dios y para el bien de esta Iglesia - habéis sabido descubrir aquello que nos dice tantas

veces la misma Iglesia, como auténtica madre y maestra: *El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio.*

Nuestra Hna. Josefina ha sido una mujer que ha luchado por ser fiel y se ha esforzado con la ayuda de la gracia por hacer la voluntad de Dios, y no nos olvidemos que esta es la Voluntad del Padre: *que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día* (Jn 6. 40). Ese algo misterioso que fascinaba a tantas personas al contemplar el rostro alegre del resucitado, que nuestra Hermana Josefina contemplaba en los demás, en la hermana enferma que visitaba cotidianamente en la Residencia del Divino Maestro, en las hermanas de su Comunidad, en su hermano sacerdote, en todos ¡veía a Jesús! Por eso nos consuela pensar que aquella que se esforzó por ver el rostro de Jesús en tantas personas, también en el hoy de Dios - que es eternidad - ella se llenará de alegría ante la presencia de ese rostro que tantas veces deseo contemplar: una cosa pido al Señor, eso buscaré: *habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor, contemplando su templo... Tu rostro buscaré Señor, no me escondas tu rostro* (Sal 26,4.8)

Que Santa María Madre de Dios y Madre nuestra, a la que le profesaba una especial devoción, le muestre de forma definitiva el rostro de Jesús que tantas veces luchó por contemplar en el de los hermanos y hermanas con las que convivió en esta tierra.

¡Qué así sea!

Centenario de la muerte de santa Jacinta, pastorcita de Fátima

Iglesia parroquial San Francisco de Regis y Nuestra Señora del Rosario de Fátima, de la ciudad de Ourense. 20 de febrero de 2020.

Con las palabras del Salmo de la liturgia de este jueves de la 6ª Semana del Tiempo Ordinario quisiera dar inicio a esta reflexión: *El afligido invocó al Señor, y él lo escuchó* (Sal 33).

Hermanas y hermanos míos: el 20 de febrero de 1920, hace hoy un siglo, pasaba a la eternidad una niña de nueve años, a la que hoy llamamos santa Jacinta, pastorcita de Fátima. Con ocasión de este acontecimiento, que pasa inadvertido para muchas personas en esta sociedad tan laicizada y contraria a todo lo religioso católico, que por serlo ya es desacreditado o considerado como reaccionario por algunos de nuestros conciudadanos; muchos de ellos nacidos a la vida y a la fe en el seno de la Iglesia Católica y que en la actualidad han roto con sus raíces o bien no les importan, o luchan positivamente contra esa realidad de fe que sólo pide la libertad suficiente para hacer el bien.

Si esto es cierto, no lo es menos que este acontecimiento tan sencillo ha suscitado una cadena de oraciones en toda la Iglesia para suplicar a la que es *Omnipotencia Suplicante*. Así llaman algunos santos a la Virgen María - omnipotente sólo es Dios, pero a ella la llamamos omnipotencia suplicante porque lo puede todo, ya que lo suplica todo a quien todo lo puede, que es su hijo Jesucristo: verdadero Dios y verdadero hombre -. A ella recurrimos porque en estos momentos de nuestra historia sociocultural y política nuestro corazón se siente afligido y, como dice el Salmo, *el afligido invocó al Señor, él lo escuchó y lo salvó de sus angustias*.

Nuestro corazón se siente afligido, pero no desesperanzado, cuando contemplamos tantas necesidades en nuestro mundo, tantas guerras, tanta injusticia, tantos mártires en pleno siglo de las libertades, sólo a causa de su fe - sabéis que según un organismo internacional está demostrado que la religión más perseguida en el mundo es el cristianismo, qué todavía sigue habiendo mártires-; tenemos el corazón afligido cuando vemos como la riqueza está mal aprovechada en manos de unos pocos cuando a los otros muchos les falta lo necesario para vivir; nos duele que nuestros jóvenes tengan que marcharse de nuestras tierras cuando no tienen la perspectiva de un trabajo seguro y digno; vemos que siguen acudiendo muchas personas a nuestras Cáritas, que se les ayuda también desde las Conferencias de san Vicente de Paul, desde la Cruz Roja, desde otras instituciones y también de algunas ONGs.

Recuerdo, cuando era estudiante en Roma, que escuche a san Juan Pablo II, antes de comenzar la guerra de Irán, que se quejaba diciendo, he llamado a todas las puertas de los poderosos de la tierra para rogar que se mantuviese la paz y no

ha sido posible, por eso os invito a que volváis la mirada a la Reina del Cielo para impetrar la paz. Con la guerra todo se pierde, con la paz todo renace y crece.

Este acontecimiento que nos ha convocado en esta parroquia santuario de Nuestra Señora del Rosario de Fátima nos ayuda a ser conscientes de que, en este mismo día, en muchos lugares del mundo, muchos hermanos y hermanas nuestros, también jóvenes, se unen en una cadena de oraciones. Un Rosario mundial y una adoración eucarística para pedir por la paz, pero en esta ocasión también se va a pedir por la familia, que está siendo atacada en muchos países y algunos gobiernos están imponiendo una visión totalmente contraria, no sólo contra la familia cristiana, sino contra la familia natural, entendida como esa célula viva de la sociedad. Se va a pedir por el bien impagable de la vida, aquella que se encuentra en el vientre de su madre, y aquella otra que camina hacia el fin de sus días o aquella aquejada por alguna enfermedad. Una vida que la Iglesia nos invita a **acoger, proteger y acompañar en la etapa final de esta vida**. Siendo **sembradores de esperanza**.

Este año, además, se nos invita a pedir por los sacerdotes, los obispos y por el Papa, que están siendo ultrajados, calumniados a causa de algunos comportamientos realizados por miembros del clero, y es injusto que se juzgue a todos por unos cuantos y estos son muy pocos. Pedir por los sacerdotes para que el Señor les conceda la fuerza de la fe, la alegría de la esperanza y el entusiasmo de la entrega en el servicio a los hermanos por Jesucristo.

¿Cómo es posible que una niña de tan solo nueve años haya captado con tanto realismo el valor universal del misterio de la redención de Cristo? Esto le llevó a encajar en su cuerpo tan pequeño una serie de penitencias y sacrificios que a cada uno de nosotros nos espantarían y si las hiciésemos nos llevarían a un psiquiatra. Pero, hermanos/as, Dios sabe más y aquella niña, junto con su hermano Francisco, un año mayor que ella, y su prima Lucía, supieron descubrir la importancia de los sacrificios y los ayunos por la conversión de los pecadores. Y les llevaba a decir: *¡Oh Jesús, te ofrezco este sacrificio por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados que tanto ofenden al Inmaculado Corazón de María!*

Muy pocas palabras nos quedan de Jacinta. Sabemos que repetía aquella oración tan hermosa, inclinándose hasta el suelo:

¡Dios mío, yo creo, adoro, espero y te amo! ¡Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan, no te aman!

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo te adoro profundamente y te ofrezco el Preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los Sagrarios del mundo, en reparación de los ultrajes con los que Él es ofendido. Por los méritos infinitos del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María, te pido la conversión de los pecadores.

Los últimos meses de su vida los pasó en el Hospital, incluso tuvo que sufrir una operación casi sin anestesia, lo ofrecía todo por los pecadores, para que terminase la guerra, para que en Portugal hubiese paz, por la santidad de los sacerdotes. El día 20 de febrero, según las crónicas era viernes de carnaval, pidió los sacramentos. La atendió un sacerdote, pero no le llevó la comunión porque pensaba que estaba bien, que se la llevaría al día siguiente. A las pocas horas se fue a la eternidad sin poder recibir el Viático, que es el alimento de la eternidad.

Cien años después esta niña es el motivo por el cual nos reunimos para celebrar esta Eucaristía bajo la mirada de esta imagen tan hermosa y tan querida por los ourensanos: la Virgen de Fátima.

Miércoles de Ceniza

Catedral de san Martiño, 26 de febrero de 2020.

*En nombre de Cristo **os pedimos** que os reconciliéis con Dios (...) y como cooperadores suyos, **os exhortamos** a no echar en saco roto la gracia de Dios (...). Pues **mirad**: ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación (2 Cor 5,20-6,2).*

Hermanos míos sacerdotes concelebrantes.

Queridos seminaristas.

Os saludo con cordial afecto a los miembros de la vida consagrada.

A los que formáis parte de los grupos, movimientos, asociaciones católicas.

Hermanas y hermanos todos en el Señor.

Al inicio de este tiempo de Cuaresma, como hijos e hijas de la Iglesia que peregrina por esta tierra y vivís vuestra fe en esta ciudad de Ourense, os he invitado a participar en esta Eucaristía, presidida por el Obispo, y concelebrada por un buen grupo de presbíteros, manifestando así un signo de comunión y de sinodalidad de toda esta Iglesia, para que pudiéramos iniciar juntos este tiempo cuaresmal. Lo he hecho siendo consciente de que este es el verdadero sentido de la liturgia penitencial de este día, sentido que todavía se vive en Roma con la misa estacional que preside el papa Francisco en la basílica del Aventino. Actos como este debemos potenciarlos y ayudar a nuestros fieles para que sepan descubrir el sentido eclesial de comunión que ellos encierran. ¡No! No es una manía que tiene el Obispo. Es una necesidad que todos tenemos de impulsar, sobre todo en esta ciudad, los actos más importantes del año litúrgico vividos y celebrados en esta Iglesia Catedral. No se trata de una competencia que el Obispo quiere hacer a los párrocos y demás sacerdotes de la ciudad ¡sería un sinsentido! Porque esos mismos sacerdotes ejercen su ministerio en virtud de la prolongación de ministerio episcopal en aquellos lugares a donde no puede llegar la persona del Obispo. Se busca justo lo contrario a lo que normalmente se piensa y dice. En este sentido, el Sínodo Diocesano nos está ayudando a caminar en la dirección correcta que nos marca una adecuada experiencia de sinodalidad.

Hermanos míos:

Al inicio de este tiempo cuaresmal, tiempo propicio *para prepararnos a celebrar con el corazón renovado el gran Misterio de la muerte y resurrección de Jesús, fundamento de la vida cristiana y comunitaria* (Mensaje de Cuaresma de 2020), Misterio al que debemos volver continuamente con la mente y el corazón, la Palabra proclamada en esta liturgia nos presenta un fragmento de la segunda carta de san Pablo a los Corintios de la que quisiera **entresacar como tres acciones** que nos pudieran servir para plantear, eclesialmente, es decir, comunitariamente,

la cuaresma de este 2020, dentro del marco de las últimas sesiones del Sínodo Diocesano.

1.- *Os **pedimos** que os reconciliéis con Dios.* Se nos invita, una vez más a qué vivamos, o mejor, nos acerquemos a la Reconciliación. Si queremos ser más concretos. Se nos pide a todos, ¡a mí el primero!, que cuidemos mejor el sacramento de la Reconciliación. Acojamos esta invitación y, siguiendo el consejo del papa Francisco en la exhortación apostólica *Christus vivit* (ChV) sepamos descubrir que *su perdón y su salvación no son algo que hemos comprado, o que tengamos que adquirir con nuestras obras o con nuestros esfuerzos. Él nos perdona y nos libera gratis (...)* *Mira los brazos abiertos de Cristo crucificado, déjate salvar una y otra vez. Y cuando te acerques a confesar tus pecados, cree firmemente en su misericordia que te libera de la culpa. Contempla su sangre derramada con tanto cariño y déjate purificar por ella. Así podrás renacer, una y otra vez* (ChV, 121 y 123).

¿Por qué el Apóstol nos pide que nos reconciliemos? ¿Por qué esta invitación a la conversión tanto personal como comunitaria? A esta pregunta intenta respondernos la otra acción que nos propone san Pablo:

2.- *Os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios.* Esa gracia se hace presente cuando acogemos, escuchamos y aceptamos la Buena Nueva de la pasión, muerte y resurrección de Jesús; aquí se resume el misterio del amor de este Dios con nosotros que *es tan real, tan verdadero, tan concreto, que nos ofrece una relación llena de diálogo sincero y fecundo* (ChV, 117). De este misterio de amor surge la necesidad de ese diálogo que llena de sentido y hace fecunda nuestra vida: **la oración**. No es de extrañar, pues, que justo en el pórtico de la Cuaresma se nos invite a cuidarla. La oración es el camino seguro que hace posible que vosotros y yo *no echemos en saco roto la gracia de Dios*. Es ese dinamismo que reactualiza constantemente la gracia de Dios en nosotros y a través de nuestra mediación se hace presente en la vida de los demás, en cuyos rostros, de manera especial de los más necesitados, comenzando por los de nuestro entorno, encontramos el rostro viviente de Cristo. De nuestra falta de oración es de donde surgen tantas dificultades y problemas, tantos enfrentamientos y miserias, tanta falta de comunión y de gestos autorreferenciales que nos clausuran en las fronteras de nuestro propio yo o quizás nos lleven a empequeñecer el misterio de la comunión de la Iglesia. Qué bueno es que, precisamente ya en este Miércoles de Ceniza, se nos invite a todos y a cada uno, bien particularmente o formando parte de una comunidad, a que cuidemos la oración. Sólo a través de ella seremos capaces de **vernós tal como nos ve el mismo Dios**.

La oración es el arte de las artes de la vida cristiana apostólica; sin embargo, en bastantes ocasiones nos encontramos atrapados por un mundo cargado de ruido, de noticias y opiniones contrarias a la Vida y a la Fe, de excesivos planeamientos programáticos que nos llevan, incluso a los que luchamos por ser cristianos,

también a los consagrados y a los mismos sacerdotes, a vivir instalados en una cierta “mundanidad espiritual”. La Iglesia nos ofrece el tiempo de Cuaresma para convertirnos, si queréis que os lo diga de una manera más coloquial: un tiempo propicio para airear nuestra vida cristiana y dejar que se refresque de nuevo con la alegría de la gracia. Si queremos ser verdaderamente orantes cuidemos los consejos que nos ofrece el Evangelio de san Mateo que acabamos de proclamar: ***Cuidemos la limosna y el ayuno***. Y en este sentido, aquí tenemos el tercer consejo que nos ofrece la Palabra de Dios al decirnos:

3.- ***Mirad: ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación***. El Espíritu del Señor nos invita a convertirnos ¡ahora! No mañana, ni el domingo que viene ¡ahora es el tiempo de la salvación para mí, para ti! La Iglesia hoy nos invita a cuidar, de manera especial, el ayuno y la limosna para ser hombres y mujeres orantes, cristianos convertidos. Nos propone la praxis ascética del ayuno, no como consecuencia de un programa de *fitness* para cuidar el tipo; sino para que sepamos descubrir que sólo Dios es lo más importante y que, aunque estemos preocupados y ocupados de las cosas de Dios, no nos olvidemos nunca que es más importante que las cosas, aunque éstas sean buenas, preocuparnos del Dios que es dueño y señor de las cosas.

Hermanas y hermanos míos, ante tantas necesidades como descubrimos a nuestro alrededor creo que debemos ser conscientes de que nos sobra mucho, consumimos mucho, tiramos mucho ¡Qué buen propósito sería que a lo largo de Cuaresma hiciésemos una aportación especial a Cáritas! Os invito a que aprendamos a descubrir nuevas formas de ayunar más acordes con los tiempos: ¿Os habéis planteado ayunar -prescindiendo- de algún programa de TV? Otro sentido del ayuno sería empeñarnos por cuidar nuestros comentarios y evitar así tantas críticas y maledicencias que manchan la vida de la comunidad eclesial y, en ocasiones quiebran las relaciones humanas.

Por otra parte, el mismo papa Francisco nos recomendaba hoy mismo, en la audiencia general de este miércoles, que viviésemos y practicásemos las ***Obras de misericordia***. Preocupémonos de las personas solas, abandonadas, de los ancianos que se encuentran en nuestro mismo bloque de vecinos y precisan de alguna visita o compañía.

Para terminar esta reflexión quisiera decir que la Cuaresma de este año debemos vivirla en ***clave de sinodalidad***, es decir, debemos descubrir la dimensión eclesial de una verdadera espiritualidad de comunión a través de la cual nos dejemos ayudar a caminar juntos, a caminar unidos los unos con los otros siguiendo al Señor que nos invita a entrar en el desierto; es decir, nos invita a penetrar en nuestro interior para sentir ahí el querer de Dios que quiere ayudarnos a descubrir, con amable exigencia, que no lograremos esa conversión pastoral que deseamos y buscamos si antes no nos ponemos en el camino de la auténtica conversión

personal y comunitaria.

Que santa María Madre, Señora del Consuelo, se convierta para nosotros en esa amable samaritana que nos brinda la oportunidad de ayudarnos a acercarnos a ese manantial vivo y fecundo que es la Palabra de Dios para que nos impregne con su fuerza y nos transforme con el dinamismo de la gracia para caminar juntos por la senda de la conversión. ¡Qué así sea!

Festa de San Rosendo, Patrono de Celanova

I Domingo de Cuaresma. Iglesia parroquial de San Rosendo de Celanova. 1 de marzo de 2020.

Benqueridos irmáns sacerdotes concelebrantes

Ilmas. Autoridades

Saúdo con cordial afecto aos Señores e Señorras membros da Academia Auriense-Mindoniense

Queridos nenos que participades nesta Eucaristía dominical.

Irmás e irmáns no Señor:

Como vén sendo habitual neste día primeiro de marzo celebramos a festa de san Rosendo, mais e preciso subliñar que na Igrexa vivimos fai tan só uns días, no pasado Mércores de Cinza, un acontecemento moi singular: iniciamos o tempo litúrxico de Coresma e por iso neste día pídesenos, como moi ben dixo D. César, que neste tempo debemos poñer de relevo o Domingo, como núcleo e fundamento do ano litúrxico no que se desprega o misterio de Cristo e, por conseguinte, a autoridade da Igrexa, mándanos, - e o Bispo e o primeiro que debe obedecer- que nin as solemnidades do Señor, nin a do noso santo patrón debe prevalecer sobre este Día, desprazándose a súa festa para o luns, día 2. Non me vou a deter en explicarvos que significa e que importancia ten para nós, os fillos da Igrexa Católica, este tempo litúrxico.

Todos somos conscientes de que vivimos nunha sociedade e nun mundo complexo, percorrido por moitas modas, teorías, ideoloxías, opinións, noticias máis ou menos rechamantes, algunhas escandalosas. Sabemos que nada do que acontece aquí é alleo á marcha do mundo e, tamén sabemos moi ben, que nada do que pasa ou pasou en calquera lugar da terra, por moi distante que se atope de nós, pásanos desapercibido e é alleo á nosa existencia: *vivimos nunha aldea global*. Grazas á telemática e aos sofisticados sistemas de comunicación estamos intercomunicados, somos informados ao momento e, ao mesmo tempo, estamos condicionados polos mesmos acontecementos. Pensando en vós, os máis novos, quixera poñervos un exemplo e entenderedes mellor o que quero dicirvos: seguro que oístes falar do coronavirus! Seguro! E tamén estou seguro que algún dos aquí presentes podería darnos unha información detallada do que é e das consecuencias que este novo virus está causando xa non só en China onde din que parece que xurdíu, senón en Italia, España, en Europa, ata máis aló do Atlántico... Aproveito a ocasión para dicirvos que temos que prestar atención aos consellos que nos ofrecen as autoridades sanitarias do noso país e que debemos rezar moito para que non contamine África porque, co sistema de saúde que alí teñen, poderíase converter nunha situación moi grave e devastadora. A enfermidade, a dor, a

morte de un ser querido convértese nun interrogante e, en ocasións, hai persoas que se revelan contra Deus. Nos días pasados lin un artigo dunha persoa que acusaba a Deus de criminal por as mortes que acontecen ao noso redor.

Nós que somos habitantes desta terra e, xa que logo, cidadáns do mundo. Homes e mulleres que vivimos nesta era dixital, que temos case todo ás ordes do noso dedo, cando acontece un asunto similar ao que está xerando a aparición deste misterioso virus, unha verdadeira traxedia case de magnitude mundial! sentímonos desamparados, ameazados. Parece que os que nos críamos donos do mundo sentímonos desprotexidos, moi pequenos. O medo e o temor apodéranse de pobos, cidades e nacións. Fixádevos ¡non se fala doutra cousa, ultimamente! Pero, parástesvos a pensar cantas persoas faleceron na nosa provincia por mor da gripe nos últimos meses? Ou o que é máis doloroso cantas persoas, mozas moitos deles, morreron como consecuencia dos accidentes de tráfico, ou se suicidaron en Europa, ou en España, onde vivimos nunha suposta sociedade de benestar?

Ante estas situacións que nos superan, temos que reflexionar sobre do sentido da nosa existencia e dun xeito especial neste tempo coresmal resoa a voz de Deus que nos di: *Acórdate home que es polvo e ao polvo volverás!* Unha verdade que non queremos recoñecer. Hoxe, como sempre que participamos na Misa, escoitamos a Palavra de Deus e na primeira lectura, entresacada do primeiro da Biblia, chamado Xénese, un libro sagrado non só para os cristiáns senón tamén para todo o mundo xudeu, ponse diante dos nosos ollos a orixe do ser humano presentado dunha forma catequética e alegórica. Este relato non debemos lelo dunha forma inxenua porque *non se trata de saber cando e como xurdiu materialmente o cosmos, nin cando apareceu o home, senón máis ben de descubrir cal é o sentido de tal orixe: si está gobernado polo azar, un destino cego, unha necesidade anónima, ou ben por un Ser transcendente, intelixente e bo, chamado Deus. E si o mundo procede da sabedoría e da bondade de Deus, por que existe o mal? de onde vén? quen é responsable del? onde está a posibilidade de liberarse do mal?* (Catecismo da Igrexa Católica, 284).

A nós, que somos case todopoderosos, que nos creemos moi seguros, fainos tremer un pequeno virus que non somos capaces de controlar polo de agora. Nesta situación, que elocuente é esta frase da Sagrada Escritura que acabamos de escoitar: *seredes como deuses no coñecemento do ben e do mal*. Ese é o gran pecado da humanidade, aquel que se atopa na raíz de todos os males, que descubrimos tralos odios, mortes, guerras, envexas, pandemias, que son causadas polo fame en vastas zonas da humanidade, mentres noutras vívese na abundancia. A causa está en que o home quere ocupar o posto de Deus e cando pretende isto, e logra prescindir del termina enfrontándose consigo mesmo e convértese en inimigo dos irmáns.

A Igrexa como nai e mestra, preocupada polos seus fillos, ao longo da historia buscou formas catequéticas para axudarnos a pensar no que somos, De onde

vimos? Cara a onde nos diriximos? Que sentido teñen e para que serven os bens deste mundo? Como debemos tratar aos seres humanos e ao mundo que nos rodea? -ensínanos o auténtico sentido da verdadeira ecoloxía, dende a perspectiva da ecoloxía humana-; para iso é tamén a coresma. Un período de corenta días de preparación para a Pascua de Xesús; é dicir, preparación para vivir a paixón, morte e resurrección do mellor home dos homes, do Deus connosco. E, no Evanxeo de hoxe (Mt 4, 1-11) preséntanos a Xesús, o mellor amigo da humanidade, o Redentor do mundo de onte, de hoxe e de mañá, aquel que cativou o corazón de homes e mulleres ao longo da historia e, con este relato das tres tentacións que experimentou Xesús, axúdanos a descubrir o auténtico sentido da nosa existencia como crentes. Un sentido que podemos sintetizar nestas tres ideas:

- No poder non está a felicidade, senón no servizo e na entrega aos demais.
- Os acontecementos extraordinarios non son os que constitúen a nosa historia persoal, senón o cotiá; é dicir, no traballo e no compromiso de cada día, en cada momento vivido con honradez e entrega a causa do ben, atopamos o camiño que nos fai mellores cristiáns e bos cidadáns.
- Para rematar, a ambición dos bens materiais, ¡o ter moitas cousas!, non nos fai libres, senón que moitas veces convertémonos en escravos das cousas, dos demais e de nós mesmos.

As tentacións de Xesús conclúen cunha aposta pola verdade liberadora da existencia do ser humano; así nos di o Evanxeo: *Ao Señor, o teu Deus adorarás e a el só darás culto* (Mt 4, 9). Esta certeza cativou o corazón de san Rosendo xa na súa mocidade, e aínda que polos seus vínculos familiares cos poderosos daquela época, abríanselle as portas dun porvir cheo de prestixio, de bens materiais e de recoñecemento humano, a pesares de todo isto, deixouse fascinar pola mensaxe do ***Evanxeo vivo*** que é Xesús Cristo, e convenceuse que naquela sociedade tan impregnada de formas e costumes relixiosas pero de vivencias pagáns e pouco cristiáns, el fora chamado para converterse en misioneiro da Verdade, do Ben, da Xustiza e do Amor liberador daquelas xentes e daqueles pobos do século décimo da nosa historia. Isto fíxoo convencido de que non hai evanxelización verdadeira, mentres non se anuncie o nome, a doutrina, a vida, as promesas, o reino, o misterio de Xesús de Nazaret Fillo de Deus (Pablo VI, EN, 22a).

Seguindo neste camiño trazado por san Rosendo e tantos homes e mulleres santos que habitaron, rezaron e entregáronse a Deus e aos irmáns neste lugar, puxémonos en camiño nesta Diocese para vivir un Sínodo Diocesano que estemos a piques de clausurar. Fixémolo porque tanto o Bispo como moitos sacerdotes, consagrados e segrares fomos conscientes de que o anuncio da vida cristiá na nosa sociedade non vai adquirir toda a súa dimensión e importancia ata que sexa ***escoitado, aceptado, asimilado o programa de vida que nos propón Xesús Cristo***, e esa é a misión que os nosos concidadáns esperan da Igrexa. Por

iso, o que recibe o Evanxeo de Xesús, como o recibiu san Rosendo e os santos, é evanxelizado e así se converte en evanxelizador.

Rogamos a San Rosendo e aos santos cuxas reliquias consérvanse neste fermoso templo e cuxos restos descansan baixo os nosos pés, a eles que son os auténticos sentinelas que nos poden axudar a descubrir coa súa vida que si nos entregamos á causa de Xesús Cristo non só seremos auténticos crentes, senón que nos converteremos nos mellores cidadáns construtores da civilización da paz e do amor, de auténtico progreso e de diálogo construtivo como signo de esperanza.

¡Que así sexa!

Exequias por la Hna. Rosa Barciela Campo, Carmelita de la Caridad-Vedruna, Directora del Colegio Santa Teresa-Carmelitas Vedruna

Capilla del Colegio. 11 de marzo de 2020.

Mis queridos Hermanos sacerdotes concelebrantes, gracias por vuestra presencia que, una vez más, significa el aprecio que el Presbiterio Diocesano tiene a la Vida Consagrada, en este caso a las Hijas de Santa Joaquina Vedruna, que tanta implicación han tenido y siguen teniendo en nuestra Iglesia particular.

A vosotras Hermanas mías, Carmelitas de la Caridad-Vedruna, os saludo con afecto y os manifiesto, en mi nombre y en el de toda esta Diócesis, nuestro dolor y, al mismo tiempo, os acompañamos en vuestra peregrinación llena de esperanza, a pesar del dolor por la pérdida de nuestra Hna. Rosa Barciela.

Al Equipo Directivo de este Colegio, al Claustro de profesores y a los alumnos y exalumnos de este Centro.

Hermanos y hermanas. Querido amigos en el Señor:

Acabamos de escuchar en el Evangelio el **anuncio de la pasión** de nuestro Señor Jesucristo. Por tres veces Jesús anuncia su pasión a los Apóstoles, y los prepara para ella, diciéndoles que va a ser arrestado, condenado y crucificado. Y nos dice, además, algo que nos sorprende y que es propio del Evangelio, porque nos encontramos **siempre con el mismo contraste**: al escuchar el anuncio de la pasión muerte y resurrección que manifiesta sobre sí mismo, Jesús, **los discípulos piensan las cosas de otra manera**, no entienden, no reflexionan sobre aquello que Jesús les presenta claramente, sino que piensan en satisfacer su ambición personal, su deseo natural.

Curiosamente, de forma escalonada, como de una escena en tres actos, nos damos cuenta de esta enseñanza: después del primer anuncio es Pedro quien se escandaliza diciéndole al mismo Jesús: “*eso no te sucederá nunca*”; la segunda vez, inmediatamente después, los discípulos discuten sobre quién es el más grande; tras el tercer anuncio los hijos de Zebedeo le presentan por medio de su madre una ambiciosa petición. Jesús ha hablado de humillación, de burlas, de azotes, de crucifixión, y los apóstoles, por su parte, pedían honores, puestos de privilegio: *uno a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu reino.*

Todo esto nos demuestra que **la pasión era necesaria para cambiar el corazón del hombre**; curiosamente, las palabras no bastan, ni siquiera las de Jesús. A pesar de tantas y tan buenas palabras, crecen en nosotros pensamientos de orgullo y de egoísmo, de vanidad y de soberbia... y nos cuesta entender y aceptar que estos deseos no son según el corazón y el proyecto de Dios. En verdad era necesario que Jesucristo cambiase nuestras mentes sumergiéndolas en el fuego de su pasión y muerte, para entrar en la dinámica de la resurrección, que es la

auténtica dinámica de la gracia.

Ante la petición inoportuna de los dos hermanos nos encontramos con un **Jesús que no se impacienta**, sino que *los educa progresivamente*, como acabamos de escuchar. ¡He aquí el modelo de todo maestro y pedagogo! Ahí se inspiró santa Joaquina Vedruna y sus hijas a lo largo de un siglo y medio.

A nuestra **hermana Rosa**, a quien hoy despedimos, tenemos que agradecerle profundamente haber sido un **instrumento de Dios, por medio de su vida consagrada a Él, para realizar esa educación progresiva** de tantas generaciones de niños, niñas y jóvenes que a lo largo de muchos años han hecho de este **Colegio Santa Teresa de Jesús de las Hermanas Carmelitas de la Caridad-Vedruna un referente de la escuela católica**, no sólo en esta ciudad, sino en la provincia de Ourense y me atrevería a decir, en Galicia entera.

Hermanos y hermanas mías: todos conocemos la dedicación de Hermana Rosa Barciela, de manera especial vosotras, sus hermanas de comunidad, el claustro de profesores, los alumnos y alumnas. Cada uno de esos años que ha pasado junto a nosotros están llenos de **días, horas y minutos de entrega, de dedicación**, de enseñanza **-también de exigencia**, porque la pasión por el buen educar y bien hacer entraña responsabilidad. Ella era una mujer con una fina elegancia humana y espiritual, con un don peculiar para generar y construir paz; en su rostro siempre la alegría y la preocupación positiva por todo y, sobre todo, por todos; a pesar de las dificultades sabía convertirse en una mujer puente y, al mismo tiempo, cauce de diálogo inteligente y amable. Todo eso no se improvisaba, brotaba de esa comunión íntima con Jesucristo, el Evangelio viviente, contemplado y experimentado en el ámbito de vuestra comunidad de Carmelitas-Vedrunas. ¡He ahí la clave!

Casi todo lo que estamos aquí sabemos muy bien que **no es fácil educar y acompañar procesos de crecimiento**, y aún más difícil renovar la educación en una **línea auténticamente evangélica**. El tiempo histórico que le ha tocado vivir a nuestra hermana ha sido un constante desafío, pero éste no ha sido un obstáculo en su caminar, sino que se convertía en una ocasión propicia para crecer en medio de las dificultades, y en una oportunidad para encarnar el espíritu y la enseñanza de Jesús, el Divino Maestro, a través del carisma Vedruna, convirtiéndolo así en cauce de una tarea evangelizadora. Supo evangelizar, educando, sin hacer ruido ni buscar el aplauso.

Volviendo al Evangelio que hoy se nos ha proclamado y que corresponde al miércoles de la II Semana del Tiempo de Cuaresma, hemos visto cómo Jesús no se contenta con enseñar a aquellos dos ambiciosos hermanos, sino que, ante la indignación de los otros diez, movidos por la envidia, dirigiéndose Jesús a ellos, y en ellos a cada uno de nosotros, nos quiere enseñar a todos que **el verdadero honor se encuentra en el servicio**. He ahí el gran señorío del cristiano: servir.

La **Hermana Rosa se sentía orgullosa de la misión que realizaba**, y ha vivido con **entusiasmo la grandeza su vocación educadora**. Llevó la dirección de este Centro durante los últimos 33 años de su vida, y todo lo que la Congregación le había encomendado anteriormente fue su **modo concreto de entregar la vida y de servir a Jesucristo** en la misión de la Congregación Vedruna, desde esas **virtudes peculiares de vuestro carisma que son la *austeridad, la humildad y la caridad***.

Hermanos/as: la gloria que Jesús nos quiere enseñar a todos a lo largo de esta Cuaresma, y aún más a lo largo de todo el camino de la vida, es **la gloria de amar que pasa por el misterio de la Cruz**. Para esto tenía que morir Jesucristo, y por esta razón **tenemos que seguir caminando cada día, y dejarnos purificar en la mente y en el corazón mirándole a Él**, el Evangelio vivo que transforma el corazón y la vida entera de todo aquel que se acerca a él, como lo hizo nuestra Hna. Rosa que ya de muy joven se sintió fascinada por este rostro, el rostro de Dios que reverbera en el rostro de los más necesitados.

Estamos en esta casa en donde se ejerce la docencia y que es casa de oración, y lo hacemos porque queremos acompañar a estas Hermanas nuestras, que han convertido como eje de su existencia el ejercicio de la ***caridad que encontramos llevada hasta el extremo en el Amigo que da su vida por nosotros***: esa es la gloria de Dios, habernos amado hasta dar la vida para obtener la redención de todos. La gloria de Dios que reverbera en la existencia de toda persona, de manera especial de las más necesitadas.

La vida no es fácil para nadie, y como los apóstoles **todos tenemos mucho que mejorar**, pero al lado de Jesucristo, el Maestro, cada día es una oportunidad para aprender y crecer. También nuestra Hermana Rosa fue madurando en la escuela de la fe y de la vida. Junto a vosotras sus hermanas de Congregación, y junto a esta Comunidad educativa ha caminado hacia el Padre y ahora ha emprendido este éxodo cuaresmal personal en dirección a la Casa del Padre para encontrarse allí con la gloria de la Pascua eterna. Los dos pilares de la vida de la Hna Rosa, al igual que la de todas sus hermanas de Congregación, son ***-la vida religiosa y actividad apostólica-*** que, desde vuestra fundación, como carta fundacional y como fórmula de profesión, trazan el eje de coordenadas de vuestra vida consagrada, tal como la quiso Santa Joaquina Vedruna.

Después de esta **última etapa dolorosa - de éxodo cuaresmal diría yo -** para ella, **breve pero intensa humanamente hablando**, ha entregado su vida el Señor. Confiamos al Padre de las Misericordias, que un día llamó a la Hna. Rosa a la fe y al seguimiento de su Hijo como Carmelita Vedruna, ahora le dé el premio merecido a los que le son fieles y han consagrado su vida al bien de los hermanos. Que sus obras le acompañen en este adiós emocionado de sus Hermanas, de este Colegio que conoció su dedicación y que amó con un corazón grande, y de toda

esta familia diocesana que sentimos su partida y agradecemos su consagración a Dios, que ha sido para gloria de Dios y bien de esta Iglesia a la que siempre la ha sentido como Madre.

Que María la Virgen, Madre y Maestra, la acoja en su regazo y la presente ante el corazón bondadoso del Dios de las misericordias.

Exequias por el Rvdo. Sr. D. Manuel Sulleiro Martínez

Parroquia de Santa María la Mayor de Verín. 12 de marzo de 2020.

Flp 3, 20-21 (p. 500)

Jn 14, 1-6 (p. 526)

Queridos hermanos sacerdotes, ante todo quisiera manifestar mis sentimientos de pesar a los familiares de D. Manuel Sulleiro Martínez, en especial a su hermano D. Jorge y a toda esta comunidad de Santa María la Mayor de Verín y a las demás parroquias del entorno en las que ejerció su ministerio sacerdotal durante más de cincuenta años; vuestro dolor es también nuestro, porque D. Manuel formaba parte de esta otra gran familia que es el Presbiterio Diocesano de esta Iglesia en Ourense.

Hermanos y hermanas en el Señor:

En nuestro camino cuaresmal nos encontramos celebrando esta Eucaristía con ocasión del éxodo de nuestro hermano sacerdote camino de la Pascua definitiva, qué esperanzadoras son las palabras que nos ha ofrecido la breve lectura de la Palabra de Dios que acabamos de proclamar:

Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo (Flp. 3,20)

Es necesario que repitamos muchas veces esta idea fuerte que nos ofrece el Apóstol para que se avive nuestra fe en la vida eterna; *¡Somos ciudadanos del cielo!* La certeza que da a nuestras vidas en momentos como éste la Palabra del Señor que acabamos de proclamar, nos ayuda y nos alienta, y se convierte para todos, de algún modo, en un signo de esperanza. Somos ciudadanos de un cielo nuevo y de una tierra nueva, pero esos cielos y esa tierra muy poco tienen que ver con esta tierra que contemplan nuestros ojos y que pisan nuestros pies. Sin embargo, aunque son distintas realidades, ambas se entrecruzan en el horizonte de nuestro corazón.

Este encuentro en torno a la mesa de la Palabra y del Sacrificio Eucarístico tiene lugar en medio de una situación social cargada de miedo y dramatismo. Las autoridades civiles y, de manera especial las sanitarias, han establecido una serie de normas y queremos cumplirlas; sin embargo, este acto estaba programado con anterioridad y, por respeto a las personas presentes nos encontramos aquí para rezar.

Hoy más que nunca es necesario “mirar al cielo” sin olvidarnos de solucionar los problemas de la tierra. No es la primera vez que en la historia de la humanidad hemos sufrido pandemias especiales que diezmaron la población, ese ha sido el origen de las romerías y los votos realizados por el clero y las corporaciones municipales a los santos, en especial a San Benito, San Lázaro y San Roque, al que le tenéis especial devoción en esta villa. A ellos recurrieron los fieles para

impetrar del Todopoderoso la salud y la liberación de “toda peste y de todo mal”.

El virus que hoy nos está golpeando en esta *aldea global* que es el mundo entero lo hace en unas circunstancias muy peculiares. Vivimos en una sociedad del bienestar en la cual la sanidad y las enfermedades, hasta las más críticas, parecen tener solución. Sin embargo, en un extremo de la tierra ha surgido un virus, incontrolado, que ha llegado al *finisterrae*. Todos estamos implicados en estos momentos, no caben posturas individualistas, pero no es menos cierto que debemos mantener la serenidad y prestar atención a las autoridades sanitarias, seguir sus consejos. ¡Estoy hablando para creyentes! No viviríamos bien nuestro compromiso con **los pobres**, en este caso los pobres son los enfermos y sus familiares, así como el personal sanitario que los cuida; también los sacerdotes sanos y no contagiados que acuden y acudirán al lecho de un enfermo para ponerle la Santa Unción y llevarle el Viático o prestarle los auxilios espirituales.

Somos cristianos y la caridad cristiana se antepone a muchos criterios utilitaristas y llenos de una eficacia pragmática que nos puede convertir en individualistas. ¡Sálveme yo y de los demás que se preocupen los otros!

Esta mañana me presionaron para que publicase un decreto y ordenase cerrar los templos y suprimir los actos de culto. Les pregunté, entonces tengo que cerrar también Caritas, en donde se están atendiendo más de doscientas personas a la hora de la comida. Tengo que preocuparme de que los trabajadores de Cáritas y los voluntarios ni se contagien, ni contagien... ¿Les darán de comer ustedes?

Esto no quiere decir que el Obispo de Ourense sea un temerario, no, he mandado que se le comunique a todos los sacerdotes de la Diócesis que supriman cautelarmente las catequesis y cualquier concentración de fieles, que guarden todas las cautelas recomendadas por las autoridades competentes y, además, que aquellos sacerdotes ancianos, o los que padecen alguna enfermedad crónica, por ejemplo la diabetes, o alguna dolencia de otro tipo, o cualquier otro síntoma, que no celebren Misa para los fieles y que les ayuden los compañeros del entorno en los casos extraordinarios. A nivel Diocesano hemos cancelado las sesiones del Sínodo Diocesano del próximo sábado y otras reuniones programadas. Sin embargo, no podemos, en estos momentos, a los que verdaderos fieles, a los que creen en Nuestro Señor Jesucristo, impedirles que entren en el templo a orar, que puedan participar en la Eucaristía.

Sí les he encomendado a los sacerdotes que les comuniquen a los fieles que aquellas personas ancianas, las aquejadas por cualquier tipo de dolencia crónica, diabetes, insuficiencias respiratorias o coronarias, las que detectan algo de fiebre, las que tengan resfriado u otros síntomas, les recuerden que no solo no deben venir a la iglesia, sino que no deben salir de casa y ponerse en contacto con los servicios médicos.

En una sociedad como la nuestra en donde una buena parte de la población

viven solos, como cristianos no podemos caer en la indiferencia y en el individualismo, sino que debemos estar pendientes de ellos y no temamos ayudarles. Recordemos la vida de los santos, los mejores hijos de la Iglesia ¿Cómo actuaron en momentos similares?

¿Recordáis a San Roque de Montpellier como cuidó a los apestados de su tiempo? No nos olvidemos del obispo san Carlos Borromeo que cuando una epidemia asoló la ciudad de Milán y todo el mundo la abandonó para irse al campo, él se quedó en la ciudad con sus sacerdotes, religiosos y religiosas y convirtió la catedral en un hospital, trabajando día y noche, ¡y rezando! Hasta que pasó aquella calamidad.

Os invito a que repaséis la biografía de san Juan de Dios, de santa Soledad Torres Acosta atendiendo a tantos tuberculosos y de santa Teresa Journet Ibars, y tantos otros. Ahora que estáis comenzando la novena a San Benito, suplicadle que nos libere de esta enfermedad. Rezadle a San Roque y ofrecedle esas ofrendas que hacían nuestros abuelos - hombres y mujeres que tenían fe - para que nos libere de este virus y de tanto mal.

Hoy, al vivir y participar en esta Santa Liturgia, en la que estamos celebrando las exequias de nuestro hermano D. Manuel tenemos que dar gracias a Dios Nuestro Señor, por los años de fidelidad en el ministerio sacerdotal y, por haber vivido estos últimos años de su existencia ***gastándose humanamente en el cuidado de sus hermanos enfermos***. Nos ha dejado una lección de entrega y sobre todo de fraternidad, de generosidad y de exquisita caridad. Por eso, con las palabras del libro del Apocalipsis, podemos decir: *Sus obras le acompañan* (Apoc. 14,13). Obras de las que muchos de vosotros sois conocedores. Pero muchas otras que nosotros ignoramos. Que no hemos sabido, ni sabremos en esta tierra contemplar, valorar y descubrir. Que solo Dios ha sido y es el único testigo y juez misericordioso de todas ellas.

No ha dejado una autobiografía...nadie ha conocido plenamente su historia... sólo su servicio y entrega de caridad fraterna. Su vivir para Dios era un vivir para el servicio de caridad procurando que a sus hermanos enfermos no les faltase nada. El ¡Sólo Dios! de los santos lo encarnó en aquellos rostros queridos y cercanos, y lo hizo con desvelo, gastándose y desgastándose por hacerles el bien, incluso me atrevería a decir, como a él mismo se lo manifesté en cierta ocasión que le noté muy cansado: *que el cuidador necesitaba ser cuidado y atendido, porque si el cuidador falla, quien atenderá a los necesitados*. Él no lo veía así y estaba convencido de que el Señor le pedía una fidelidad en su entrega desgastándose por sus hermanos hasta el final.

Cuando asistimos a las exequias de uno de nuestros hermanos sacerdotes ¿Cuántas cosas no somos capaces de descubrir, ni de valorar en la existencia de un sacerdote? ¿Quién, de los que está aquí, puede computar las horas de servicio

a los demás a través del ejercicio callado del ministerio sacerdotal? ¿Quién puede calcular y valorar las horas en la administración de los sacramentos y de las demás cosas santas que han dedicado, y dedican, nuestros sacerdotes? Las horas que a lo largo de la existencia sacerdotal han dedicado a la oración de la Liturgia de las Horas en nombre de la Iglesia, es decir, en nombre de todos los que estamos aquí, conocidos y desconocido. ¡Y qué podemos decir de la labor socializadora de nuestros sacerdotes en las distintas zonas de nuestra geografía diocesana! La existencia fiel, entregada y apasionante de nuestros sacerdotes es un misterio ignorado para muchos de nosotros. Ignorado y, muchas veces, poco valorado. Lo entenderemos en la eternidad. Esperemos que, entonces, no sea tarde para algunos. Porque no nos olvidemos hermanas y hermanos míos, nosotros tenemos nuestro tiempo, pero Dios tiene su momento y en sus manos está el don de la eternidad.

Hermanos míos, cuando uno de nuestros sacerdotes se nos muere, nuestro corazón siente algo en lo más íntimo de su propio ser. En mi caso, mi corazón vuela hacia nuestro Seminario diocesano, allí donde se formó durante tanto tiempo D. Manuel hasta ser ordenado sacerdote en aquel lejano 22 de diciembre de 1965, cuando estaban a punto de concluir las sesiones del Concilio Vaticano II. No nos consta que haya hecho grados académicos en otros centros además del Seminario de Ourense, aunque bien es verdad que desde siempre mantuvo una especial preocupación por estar al día en las ciencias sagradas y humanas, sobre todo las catequéticas. Por eso, esta oración por nuestro hermano sacerdote se torna también en una súplica al Buen Dios para que nos conceda buenas y santas vocaciones al ministerio sacerdotal. Sacerdotes, sanos, libres, abiertos al querer de Dios, hombres de comunión y disponibles para servir a la Iglesia allí donde se necesiten sus servicios, incluso en estos momentos de especial dificultad.

Hoy nosotros, hijos de esta Iglesia diocesana, nos unimos en oración pidiendo por aquél que, sintiéndose como peregrino fascinado por el absoluto de Dios, entregó su vida, en un momento determinado de su existencia, y hoy, esa existencia suya ha sido acogida por las manos del Dios misericordioso, en el seno de la Iglesia del cielo.

A lo largo de su vida, cuántas veces sus labios han pronunciado el nombre de Santa María. A la Virgen Madre, Madre especialmente de los sacerdotes, encomendamos a nuestro hermano y le pedimos, al mismo tiempo, que nuestro corazón se llene de esperanza, porque tenemos la certeza de que el Señor nos tiene preparado un camino que nos lleva a ese lugar, ¡recordad lo que nos decía el Evangelio de Juan! El Dios de la Misericordia nos tiene preparada una morada para cada uno de nosotros, desde el principio de nuestra existencia.

Quisiera concluir mis palabras con la oración que nos ofrece la liturgia de la Iglesia para alimentar nuestra piedad y fortalecer nuestra esperanza:

Venid en su ayuda, Santos de Dios; salid a su encuentro, Ángeles del Señor recibid

su alma, y presentadla ante el Altísimo.

Que los Santos Ángeles, a los que nos encomendamos cotidianamente, en la liturgia Eucarística, salgan al encuentro de nuestro hermano sacerdote y le conduzcan, bajo la mirada de la que es Inmaculada y misericordiosa, al corazón del Buen Dios en las moradas eternas.

¡Que así sea!

DISCURSOS

**A los miembros de la Asamblea Sinodal
con motivo de la Cuarta Sesión de la Misma**

Seminario Divino Maestro, 25-01-2020.

Queridos sinodales:

Volvemos a encontrarnos para hacer efectiva esta realidad eclesial en la que nos hemos embarcado, la **IV Sesión de la Asamblea Sinodal**; en este caso para estudiar, reflexionar sinodalmente, concretar y aprobar las proposiciones que afectan al 2º Documento del Sínodo: ***Una Iglesia en salida: acogedora, samaritana y transformadora en el corazón del mundo.***

En esta ocasión nos reunimos en el día en el que se concluye el **Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos**, este hecho constituye todo un reto para nosotros y nos puede ayudar a entender cómo nuestra Iglesia debe ser **no sólo acogedora sino hospitalaria**; es decir, debe ser una Iglesia **samaritana** tal como nos lo presenta el documento número dos.

En este documento hemos presentado lo que queremos que sea nuestra Diócesis como una **Iglesia en salida** y la hemos querido comprender como:

- Un hogar acogedor para todos
- Un rostro samaritano del corazón de Dios
- Como fermento transformador **en y del** mundo

No podemos contemplar ni entender la Iglesia como hace 40 años. Es imprescindible mis queridos amigos **pasar de un cristianismo de tradición al de adhesión y compromiso**. Hoy nos encontramos con nuevas situaciones:

- Somos conscientes de la fuerte crisis que está viviendo la **institución familiar** y sabemos que es en ella en donde se engendra la fe y se aprende a vivir el cristianismo según el testimonio de los padres. Recordemos aquel pensamiento tan comprometido de la *Evangelii nuntiandi* de san Pablo VI: *Todos los miembros de la misma (familia) evangelizan y son evangelizados* (nº 71).
- La **educación es otro de los “aréopagos” de los que hablaremos más extensamente en otro documento sinodal**. Sin ella no hay crecimiento ni maduración en la fe, ni cambio de mentalidad y cultural. De ello hablaremos en el 4º Documento: **Anuncio y educación en la Fe**. Sin embargo, anticipo estas ideas para que las vayamos madurando: es necesario **cuidar las capellanías, el acompañamiento espiritual, los internados, las residencias de estudiantes, los pisos para estudiantes atendidos por personas comprometidas**, etc. son ámbitos en donde hay mucho que hacer. Las **escuelas católicas** tienen que **evangelizar, enseñar y educar: todo junto...** he ahí el

trabajo comprometido de los seglares dedicados a la docencia.

- Debemos prestar atención al **fenómeno del secularismo**
- Y, de manera especial al **nuevo neopaganismo** que se está infiltrando a través de los medios, de manera especial todo el complejo mundo de *internet, Facebook, Twitter, los blogs, etc.*

Ya en el tema anterior de la **PARROQUIA**, hemos podido constatar una serie de aspectos que tienen que llevarnos a madurar y a cambiar una serie de actitudes.

- Tomemos en serio la **descristianización creciente de nuestras costumbres** a la que no podemos hacer frente con posiciones de intolerancia, o prepotencia, etc. Sino con posturas de cordialidad y cercanía, de respeto y de manifestaciones de tolerancia, siempre que nos sea posible.
- **Falta de coherencia** entre nuestros fieles: se mantienen en una especie de catolicismo sociológico pero su vida no es cristiana. Los valores evangélicos no impregnan su existencia.
- Los jóvenes abandonan las parroquias después de la primera comunión y otros, después de la confirmación. Después del Sínodo de los Jóvenes hemos aprendido que *los jóvenes, en las estructuras habituales, no suelen encontrar respuestas adecuadas a sus inquietudes, necesidades, problemáticas y heridas (...)* *A los adultos nos cuesta escucharlos con paciencia, comprender sus inquietudes o sus reclamos, y aprender a hablarles en lenguaje que ellos comprenden (...)* *Se hace necesario, sin embargo, ahondar en la participación de éstos en la pastoral de conjunto de la Iglesia (EG nº 105)*
- Tenemos **una sociedad**, una aldea y, por consiguiente, unas parroquias que, en gran parte de ellas, nos encontramos con **personas mayores**.
- Se da un fenómeno, cada vez más frecuente de **las personas solas**. No podemos olvidar que en uno de los sondeos de opinión que hemos hecho se subrayaba que uno de los problemas más graves para nuestros fieles es **la soledad**.

A la luz de lo ya reflexionado y de las muchas aportaciones que habéis hecho, quisiera haceros participe de las que pudiéramos denominar unas **“actitudes pastorales”**. Volvemos a insistir en la parroquia es ese **gran tema transversal** que afecta y es afectado por toda la problemática que nos preocupa y ocupa:

1. Tenemos que **llegar a las personas allí donde se encuentran**, tanto **en lo físico, como en lo cultural y lúdico**. En el centro de nuestra ciudad tenemos templos amplios y hermosos, cargados de historia; en cambio, en algunos barrios periféricos, en donde vive la gente, no tenemos ningún centro de atención pastoral. El Sínodo no puede concluir el 7 de junio de 2020, es necesario que la experiencia sinodal **se convierta en una especie de levadura en la masa que nos ayude a todos a colaborar y, de manera especial, a apoyar al Obispo en los proyectos de creación de estos centros de atención pastoral**. No se trata de crear

parroquias nuevas, esos tiempos han pasado, nos llegan y sobran las 735 que históricamente existen. Hoy es necesario **potenciar otras estructuras pastorales distintas** y, si no sirven, crear las que sean oportunas para que respondan a las necesidades pastorales.

2. Me pregunto y os pregunto ¿Qué podríamos hacer con todo el mundo **lúdico-deportivo** en donde se encuentra la gente joven? Equipos deportivos, grupos folclóricos, bandas de música, corales, asociaciones culturales, etc.

3. Es necesario constituir proyectos diferentes que nos ayuden a crear una **diversificación pastoral**. En el ámbito educativo, los que hemos trabajado en este campo sabemos que se habla de **diversificación curricular**. ¿Qué quiere decir esto? **Ya no podemos ofrecer una pastoral monolítica que a cada momento la alteremos con excepciones**. No creo que este sea el camino. Creo que debemos de **abrir distintas puertas de acceso a la fe y a la comunidad**. Esto lo digo pensando en los **alejados, los resentidos** con alguien o con la estructura eclesial misma, *con aquellos que se definen como no creyentes o no practicantes y tienen una relación ocasional con agentes de pastoral, como por ejemplo aquellos que entran en contacto a través de una serie de acontecimientos: bodas, funerales, aparecen a colaborar o participar de los servicios de Cáritas*, etc. ¿Qué les podemos ofrecer? Es necesario, como afirmaba antes: **pasar del cristianismo de tradición al de adhesión y compromiso**.

4. Lo hemos escuchado muchas veces y necesitamos repetirlo más: **El kerigma y el primer anuncio debe estar en el corazón de cada uno de los hijos de la Iglesia y no solo en el de los pastores**. Los católicos de ahora **debemos salir**, se ha dicho, salir de la **sombra del campanario o de la sacristía de la parroquia**. Una Iglesia de puertas abiertas, dice el papa Francisco; **no se trata de una pastoral de la ventanilla**: esperar a que vengan; y no nos olvidemos que a veces se lo ponemos muy difícil a las personas que se acercan con timidez o con temores, incluso a solicitar algún servicio pastoral: **el puesto de información, atención o consulta, no está en la puerta del templo, sino en la sacristía que se encuentra, normalmente, detrás o al lado del altar**. Les obligamos a recorrer toda la nave de la iglesia y en muchas ocasiones esta misma situación les aplasta. **Pensemos en acercarnos a la puerta de nuestras Iglesias** si no somos capaces de salir más a fuera. (Recuerdo cuando con un grupo de universitarios pude visitar los centros más importantes de la CEE; con aquella ocasión pude patear Bruselas, no me quedó museo sin ver, mientras los universitarios asistían a sus cursos, yo hacía turismo. Me acuerdo que al entrar en una de sus grandes iglesias católicas, muy hermosa por su arquitectura, escultura y pintura, pude comprobar que en la puerta de entrada, antes del puesto reservado a la admisión de los turistas y visitantes, había como una especie de tienda de campaña - **tienda del encuentro**- toda de vidrio o metacrilato, no lo sé, era diáfana, dentro había como despacho muy dinámico, y se encontraba un sacerdote

- con alba y estola morada - fuera, perfectamente señalado se podía leer en todas las lenguas europeas: Lugar de encuentro y escucha, Punto de información, Atención a los fieles, Servicios religiosos, Sacramento de la Reconciliación) Catedral de Malinas y de Bruselas, Bélgica.

5. Muchas de nuestras comunidades, sobre todo de las villas y de la ciudad, se están abriendo a unos colectivos nuevos que provienen de otros países: **Inmigrantes**. Una gran mayoría son cristianos, algunos no católicos, otros sí; Me viene a mi memoria el ejemplo que se está siguiendo en una Diócesis de Francia: *En Fréjus-Toulon, en la llamada Costa Azul, un lugar hermoso en donde la Iglesia había sufrido una de las crisis postconciliares más fuertes, de manera especial en la práctica religiosa y en la escasez de vocaciones. Una Diócesis de más de un millón de habitantes y con una práctica dominical del 5% de la población. Desde el pontificado de Juan Pablo II se inició una nueva tarea evangelizadora y, en estos momentos tiene un Seminario Mayor con más de 50 alumnos, se ordenan cinco sacerdotes anuales. Son 252 sacerdotes en la Diócesis y 93 en misión fuera de ella. La vida religiosa ha crecido y se acogieron a las nuevas realidades eclesiales que se especializaron en nuevas formas de apostolado. Se potenciaron, también, los monasterios contemplativos con personas de la Diócesis y de otros lugares: cistercienses, benedictinos, cartujos, monjes de Lérins, etc.*

A veces escucho **críticas acerca de nuestros seminarios**, sobre las vocaciones que se han recibido de otros lugares, no podemos olvidar de que a las vocaciones que han llegado de fuera a la Diócesis, además de someterles a un proceso complejo de informaciones y de conocimiento de las mismas, les pedimos que se inserten en la historia de una Iglesia particular y en un Presbiterio marcado por fuertes tradiciones. Las nuevas generaciones son a menudo esclavas del zapping y están acostumbrados a reaccionar con inmediatez emocional. Se les plantea en serio que servir a Cristo, a la Iglesia y a los hombres y mujeres de hoy en día exige trabajar en las fidelidades y en la permanencia, aceptando ciertas incomodidades y resistencias interiores y exteriores. Se les educa para que cuando sean pastores vivan la dinámica de la conversión constante y en cuanto a la forma de gobernar y atender las comunidades que el Obispo les encarga, tienen que abrirse a la participación de los laicos y contar con ellos en las diferentes tareas parroquiales. También es cierto que **en algunas comunidades parroquiales** hemos abierto, y es algo bueno, las puertas de par en par a personas inmigrantes de otros lugares para que colaboren con nosotros y lo hacen bien, y estamos contentos. Debemos ser coherentes. En una sociedad globalizada lo autóctono, lo “enxebre” puede llevarnos a lo autorreferencial y a la pobreza eclesial.

6. No podemos olvidarnos de aquellos que **han abandonado la Iglesia por desencanto**, por algún **enfrentamiento**, por **confrontaciones ideológicas**. Es necesario estar abiertos y acogerlos en cualquier situación en la que nos encon-

tremos. No sólo los sacerdotes, sino también los laicos y los grupos apostólicos debieran de abrirse más y ser menos autorreferenciales: no caer en la dinámica de “es de los nuestros”, “no es de los nuestros”.

7. En nuestra Diócesis, en algunas zonas, ya tenemos ***una presencia sensible de musulmanes***, es un hecho innegable; algunos grupos son fieles al islam, y han constituido su lugar de culto de forma provisional: su mezquita. No tenemos ningún método para tratarlos. Creo que con los servicios de Cáritas y con nuestra coherencia de vida, debemos mantener una actitud acogedora y cercana, con ello es suficiente. Debemos mantener una actitud de respeto y de apertura, intentemos tan solo que se acerquen a nosotros. Sabemos muy bien que es muy difícil trabajar con los musulmanes, pero a través de la vía de la solidaridad, de la atención amable y de la escucha se puede hacer presente la racionalidad de nuestra fe. No podemos obsesionarnos con conversiones y mucho menos caer en el proselitismo. En alguna Diócesis francesa en donde la presencia de musulmanes puede llegar al 15 % de sus habitantes, a través del ejercicio de la caridad y con algún grupo apostólico que hace un trabajo de aproximación y cercanía se han conseguido entre 8 y 10 conversiones, la mayor parte de ellas se hacen bautismos clandestinos por temor a la familia.

8. No podemos olvidar que, en esta nueva tarea evangelizadora, la ***dinámica de la gracia*** es de capital importancia para lograr la conversión de nuestra vida y para conseguir ardor apostólico. Hace unos días me comunicaron que en la parroquia donde trabajé 23 años como sacerdote adscrito se había inaugurado, en la cripta de esa parroquia, la adoración permanente. Os invito a que descubramos que la experiencia demuestra que donde hay adoración permanente, por lo general se lleva a cabo una tarea de evangelización silenciosa pero eficaz; es necesario buscar la fórmula pastoral adecuada. Esa fórmula no depende sólo del sacerdote responsable de una parroquia, sino de todos, de manera especial del laicado; no nos olvidemos: sinodalidad.

La Iglesia es marginada: con frecuencia, la Iglesia es una institución marginada en el ámbito de los medios de comunicación; y, si sale, su semblante aparece desfigurado o caricaturizado, cuando no se le presenta con un rostro duro, negativo o trasnochado; y en ocasiones se le criminaliza sin más. ***Es imprescindible buscar las fórmulas adecuadas para hacernos presente***. Y no podemos caer en la tentación de que para que se haga presente es necesario que aparezca el cura o el obispo en la prensa. Los ***laicos también son uno de los rostros más expresivos de la Iglesia***. Debemos apostar por una presencia en los medios, pero para eso necesitamos la ayuda y compromiso del laicado. No basta con crear ***oficinas de información o gabinetes de prensa*** que controlen la opinión pública como si fuésemos políticos. Es necesario que ***los laicos sepan descubrir que en esta tarea ellos son imprescindible***, las otras formas, lo de ayudar, leer, distribuir la

comunidad eso, puede ser necesario, pero para esto siempre hay gente. Necesitamos apostar por un laicado más formado y comprometido que tenga auténtica conciencia de que ellos son Iglesia.

Por otra parte, no conviene olvidar que la Iglesia debe presentarse con el convencimiento de que **ya no es una estructura de poder sino de servicio**. Es imprescindible abrir la parroquia y las comunidades creyentes: **grupos, movimientos, asociaciones, congregaciones, etc.** al ejercicio de la **Diaconía de la Caridad y del servicio**. No solamente hay **pobres por la crisis económica**, que no ha pasado, y que se avecina otra peor; sino que existen **otras pobrezas y necesidades**: rupturas familiares, crisis conyugales, pobreza afectiva y sobre todo: soledad. Estamos viviendo en una sociedad de personas muy solas.

La Iglesia ya no es la **expresión concreta de una gran multinacional de poder y de control moral**, aunque algunos nos la presenten de ese modo. ¡Todo lo contrario! A nuestra Iglesia se le ofrece la posibilidad de manifestar **un rostro samaritano**.

En este sentido, nuestra Diócesis lleva varios años esforzándose por secundar las directrices de la CEE creando un portal de transparencia, en el sentido de informar qué hacemos con los bienes económicos, de manera especial con los ingresos materiales que recibimos. Queremos ser **transparentes, claros y solidarios**. Son muchas las cosas que pasan por nuestras manos, también dinero y, también de él debemos dar cuenta y ser transparentes.

Sí, el Obispo es custodio y no dueño de los bienes de la Iglesia y debe rendir cuentas:

1. A los fieles a través de los medios de comunicación.
2. A la CEE
3. Y de cinco en cinco años a la Santa Sede

También vosotros, los sacerdotes y los fieles laicos que les ayudáis formando parte de los Consejos de Asuntos Económicos, y lo mismo vosotros que formáis parte de la Vida Consagrada o de la vida asociativa, las cofradías, hermandades.

No somos propietarios, sino custodios de unos bienes que no son nuestros, sino de la Iglesia. Qué pena da que esa orfebrería: cruces, cálices, ornamentos, etc. se consideran propiedades de unos cuantos y, cuando la autoridad de la Iglesia busca un lugar más seguro para su custodia, se solivianta el pueblo e incluso algunas corporaciones municipales en pleno le envían al Obispo cartas de amenaza. ¡No es una broma! Es realidad como la vida misma. El Sínodo Diocesano debe dar una respuesta sobre esta realidad que afecta a una Iglesia que es y ha sido cauce de cultura y de arte.

Si en la **sociedad actual** podemos hacer algo es presentar el rostro samaritano de la Iglesia. Es por ahí por donde se puede abrir un camino hacia un diálogo con la sociedad. Un diálogo que debe ser *ad gentes*; o tal vez, sería mejor, **una aper-**

tura que nos lleve a descubrir esos atrios de los gentiles que todavía tenemos en nuestras manos.

De cara a los sacerdotes les pregunto: ¿Hemos pensado alguna vez el gran bien que los sacerdotes podemos hacer cuidando nuestra presencia en las exequias? ¿Estamos convencidos de que, si nos esmeramos en una celebración digna, sobria y, al mismo tiempo hermosa, ésta se convierte en un camino de trascendencia o en una interrogante si nos ven convencidos de lo que hacemos y no en simples funcionarios de lo sacro? Es esta una tarea que se nos ofrece sin ningún esfuerzo para llevar a cabo una nueva evangelización.

Pero, ¡y los laicos! ¿Son conscientes de las muchas tareas que pueden realizar en el ámbito laboral, social, sindical, asociativo, político, etc.?

Necesitamos abrirnos a la realidad con humildad, sin esperar cosas grandes ni reconocimientos que superan nuestros deseos. Sólo debemos pedir que se nos escuche y atienda como *un vecino más*, pero como un vecino que tiene cierta representatividad.

Los sacerdotes son conscientes de que a través del ejercicio de su ministerio ejercen un servicio, no solo a los fieles, sino también a tantos hombres y mujeres para los cuales el rostro de la Iglesia ha sido y es desfigurado tantas veces a través de los tópicos, celos y del clericalismo cultural y sociológico que se ha generado a lo largo del tiempo. Se nos pide que hagamos una profesión de humildad colectiva, creíble. Una humildad sin confrontaciones, sino de apertura y de diálogo. Debemos evitar que el “no” sea la primera palabra que salga de nuestros labios.

No podemos olvidar de que esta Iglesia que se presenta como samaritana no solo se asoma a la sociedad y al mundo a través del rostro del obispo, de los sacerdotes y de los miembros de la vida consagra, sino que el rostro más elocuente de la Iglesia deben ser *los laicos, ellas y ellos, no sólo las personas mayores, sino también los niños y los jóvenes*.

Este Sínodo busca ayudarnos como Iglesia en camino y quiere que descubramos que, *si hacemos Iglesia, construimos una sociedad libre, respetuosa con todos y con todo lo que nos rodea* - recordemos la apuesta del papa Francisco por la ecología -. No se entienden esas posturas tan críticas con el Santo Padre por alguno de esos gestos que realiza, podemos tener la certeza de que son proféticos y si no es así fijaos en la opinión pública, incluso en el ámbito de los no creyentes... Es un modelo a seguir, a pesar de sus años.

El Sínodo Diocesano tiene que ayudarnos a descubrir que *laicado es el rostro a través del cual la Iglesia hace, construye y dinamiza una sociedad* que tantas veces descubrimos aquejada por muchos males. La *política* es una realidad a través de la cual los laicos pueden llevar a cabo una comprometida y fecunda tarea evangelizadora. *El cristiano por definición debe estar comprometido con la política* en el sentido más genuino y auténtico del término. Y cuando hablo

de la tarea política no sólo me refiero al ejercicio del gobierno de la cosa pública a todos los niveles, sino que dentro de este ámbito sitúo la abogacía, la sociología, los medios de comunicación, la judicatura, la docencia, etc. Son tareas, éstas y otras muchas, a través de las cuales la Iglesia, por medio de sus hijos e hijas, los seglares, puede hacer una sociedad más humana y justa, un mundo más habitable. El ***compromiso político en la situación actual de nuestra sociedad resulta imprescindible***, se convierte en una exigencia moral, de manera especial en estos momentos en los que se cuestionan cosas básicas para la vida del ser humano: educación y vida.

Aunque podríamos hablar de otras realidades que parece que se están lesionando, como puede ser la verdad y la justicia. Si por un momento nos fijamos, nos damos cuenta de que nuestra sociedad - nuestro mundo - está llena de ideas cristianas, pero ideas que parece que se han vuelto locas ¿Acaso no se habla de libertad, de igualdad, de comunidad, de fraternidad universal, etc.? Hoy nos damos cuenta de que bajo el pretexto de promover objetivos laudables se imponen ideas inaceptables. Pensemos, por ejemplo, en la ideología de género que en estos últimos años lo está invadiendo todo, incluso se está cayendo en lo esperpéntico. Todos sabemos que el cristianismo ha enseñado que los hombres y las mujeres tienen la misma dignidad, son hijos e hijas de Dios; en cambio parece que esta es una ilusión y se pueden intercambiar a nuestro antojo, es decir, que se puede destruir la Creación en nombre de la igualdad.

Mis queridos sinodales, sería más larga mi reflexión para que nos animara e ilusionara, más de lo que estáis, al enfrentarnos con la realidad y descubrir la riqueza que poseemos para llevar a cabo esta tarea evangelizadora. Sinceramente pienso que con el talante del **Buen Samaritano**, que es uno de esos hermosos y comprometidos paradigmas que nos ofrece Jesús en el Evangelio, podemos llevar a cabo esa nueva tarea de evangelización en y desde nuestra Iglesia particular. No podemos pasar de largo ante la realidad, ni mirarla de lejos, ni tener miedo a mancharnos las manos... sino acercarnos, cargar con los heridos del mundo y estar convencidos de una cosa: la evangelización del mundo que nos rodea o la realizan los laicos o no se hará. Juntos, sinodalmente, tenemos que dar un rostro acogedor, samaritano y ser fermento de un estilo de vida ***más humanizado y humanizador***. Una Iglesia, firme en la fe, que muestra una humanidad poco común y que por ello llama la atención y muestra el amor de Dios encarnado en Cristo. Esa es una Iglesia que atrae, que suscita conversión, que puede llegar a fascinar y llenar de plenitud tantos corazones rotos de nuestros conciudadanos.

Mucho ánimo porque la tarea además de ser hermosa es fascinante.

Muchas gracias por vuestra paciencia y atención.

A los miembros de la Asamblea Sinodal con motivo de la Quinta Sesión de la Misma

Seminario Mayor, 15 de febrero de 2020.

Queridos Sinodales:

Al inicio de esta 5ª Sesión, y aunque sea repetitivo, quisiera agradecer vivamente vuestra presencia. En vosotros y a través de vosotros descubro con gratitud y alegría el “rostro de mi madre la Santa Iglesia Católica”. Sí, sois el rostro más hermoso de la Iglesia porque sois Iglesia. Hemos traspasado el ecuador de las sesiones de la Asamblea Sinodal, hasta estos momentos debemos de dar gracias al Señor, a todos vosotros y a tantos hombres y mujeres - hermanos nuestros - que están acompañándonos con su oración y sacrificio; pienso en las monjas y monjes de clausura, a las consagradas ancianas y enfermas que me constan están ofreciendo lo mejor de su vida inmolándose en el silencio elocuente de la oración. También doy gracias a Dios por ese grupo de personas, algunos estáis aquí, que los domingos por la tarde os reunís en la Seminario Menor para preparar la celebración litúrgica de la Clausura del Sínodo. Os lo digo con el corazón en el alma, vosotros hermanas y hermanos míos, sois los que me dais, a mí y a mis colaboradores inmediatos, las fuerzas necesarias para seguir caminando con ilusión, alegría y esperanza en medio de las veladas asechanzas del enemigo y de las contradicciones de “los buenos” que todavía no han descubierto la belleza de la sinodalidad en la Iglesia, y lo que resulta más doloroso, no ven necesaria la experiencia de la sinodalidad, viviendo al margen del querer de la Iglesia de este milenio.

Esta sesión la iniciamos en comunión con el **Congreso de Laicos** que, organizado por la CEE, se está celebrando en estos momentos en Madrid. Os ruego que lo tengamos presente en nuestras oraciones y roguemos al Señor para que, de estos encuentros, los hijos e hijas de Dios en el seno de la Iglesia Católica en España, tenga conciencia de que tenemos que ser **una familia unida**.

Después de reflexionar y elaborar una serie de proposiciones sobre: **La Parroquia** (dos sesiones primeras) *evangeliza por medio de las acciones pastorales:*

- **El anuncio del Evangelio** (*el cuarto instrumento por el deseo de aprovechar ideas del Sínodo de los jóvenes lo abordamos en último lugar*)
- **La celebración de la fe** (tema de estas dos sesiones)
- **La acción caritativo social y el testimonio** (tema de las dos sesiones anteriores)

Hoy nos centramos en **la liturgia, que es el centro de la vida de la Iglesia**. No tiene sentido buscar oposición entre *evangelización y celebración litúrgica*, pues todas las acciones pastorales se relacionan y reclaman mutuamente. Así la

liturgia necesita de un buen anuncio-formación y de su prolongación en la vida por medio del testimonio que a través de nuestra *existencia acreditamos* no sólo con palabras, sino también con *obras la fe* que *profesamos con la vida y, una de esas acciones, es el ejercicio de la caridad y de la solidaridad con los más necesitados y abandonados.*

Si las celebraciones litúrgicas, en especial *la Eucaristía*, la convertimos en *la única actividad de nuestra labor pastoral*, por ser lo que siempre se hizo y lo que, supuestamente, reclama la gente, ésta se desvirtúa y cae en ritualismo. Por otra parte, si es cierto que es lo que reclama la gente ¿cómo es que da tan poco fruto?... *la Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía...* pero ¿Cómo va la vida de fe? ¿Cómo se vive la fecundidad en nuestras comunidades? Desaparecen los niños de Primera Comunión, vuelan los de Confirmación; existen cristianos sin celebrar el Sacramento del Matrimonio; no hay fecundidad en los matrimonios, ni fecundidad vocacional... Y queremos “misas” y “celebramos misas por todo”, a veces en el contexto de romerías neopaganas, o fiestas de resonancia medieval...y que, en todo ello, no falte la Misa.

En otros lugares hay pocos sacerdotes y cuando viene el sacerdote a celebrar la Eucaristía dominical al cabo de un mes o más, este es un acontecimiento de fe. Incluso en nuestra tierra, tan religiosa y con tanto apego a *los fieles difuntos* cuyos restos han copado los atrios de nuestros templos, obstaculizando el acceso a las personas mayores que quieren entrar en nuestras iglesias con una serie de tumbas que son un obstáculo, y, cuando los sacerdotes quieren arreglar este desarreglo, se ven imposibilitados por grupos de vecinos, en ocasiones, por aquellos que no pisan la iglesia habitualmente.

Nuestros mayores nos han enseñado a descubrir el valor universal de la Eucaristía aplicada como sufragio en favor de nuestros difuntos, pero los sacerdotes nos dicen que, prácticamente, están desapareciendo las ofrendas de misas en sufragio por los difuntos ¿Qué es lo que está pasando? ¿Para qué se quieren tantas Misas cuando ya no se descubre que en ellas se reactualiza el Sacramento de nuestra fe y que así anunciamos la muerte de Cristo hasta que vuelva? La Eucaristía es *Sacramento de eternidad* y ya no somos capaces de hablar a nuestros enfermos y ancianos del Sacramento de la *Santa Unción* y de que el sacramental de los moribundos es el *Viático*.

Por otra parte, quisiera haceros llegar una preocupación que, tanto a mí como a muchos obispos nos preocupa, el *deterioro que ha experimentado la recepción del Sacramento de la Penitencia*. El Sínodo debe reflexionar y estudiar qué y cómo se puede revitalizar este Sacramento del encuentro, de la conversión, de la alegría. Se afirma que son muchas las personas que acuden a las Eucaristías y no tienen ningún inconveniente en comulgar, incluso se acercan y están viviendo en situaciones canónicamente irregulares. Han perdido la noción de pecado comul-

gando sin las debidas disposiciones. El Sínodo tiene que ayudarnos a ser profetas y ayudar a esos hermanos y hermanas.

Relacionado con esto es bueno que el Sínodo sepa y reflexione sobre el **auténtico sentido del estipendio**, que es una laudable costumbre aceptada y defendida por la Iglesia; que está presente en la praxis eclesial desde el siglo VIII; su legitimidad ha sido defendida por la Iglesia y su Magisterio frente a los abusos y, también, frente a aquellos que pugnan contra esta costumbre (Cf. DzH 2654). **Con esta limosna se manifiesta la comunión de la Iglesia...** Yo, como fiel cristiano, también ofrezco limosnas para que se celebren los sufragios por mis seres queridos difuntos. La Iglesia estableció unas normas sobre los estipendios. El mismo san Pablo VI, en *Pastorale munus* (1964), *De Episcoporum muneribus* (1966) y en el motu proprio *Firma in traditione*, (13-6-1974) nos dice que el estipendio no es solo una ayuda para **sostenimiento de los sacerdotes, sino para el sostenimiento de la Iglesia**, cuando ésta ya se preocupa por darle al sacerdote un sostenimiento digno, **Autofinanciación** de la Iglesia en nuestro país. En las normas de la Provincia Eclesial de Santiago de Compostela y en nuestras **Normas Diocesanas** están establecidos los criterios pertinentes que regulan esta actividad y que, después del Sínodo Diocesano, serán concretados y puestos en valor para un mejor servicio pastoral y para lograr una mayor transparencia administrativa. No podemos olvidar cuál es el espíritu de la ley de la Iglesia recogida en CDC:

c. 531 *Aunque otro haya realizado una determinada función parroquial, **ingresará en la masa parroquial** las oblaciones recibidas de los fieles en tal ocasión, a no ser que, respecto a las limosnas voluntarias conste la intención contraria de quien las ofrece; **corresponde al Obispo diocesano, oído el consejo presbiteral, establecer normas mediante las que se provea al destino de esas oblaciones** y así como a la retribución de los clérigos que cumplen esa función.*

Independientemente de todo lo que gira en torno a esta hermosa y profunda realidad, pero que no podemos ignorar, es necesario descubrir que la liturgia es un verdadero “*atrio de los gentiles*”, recogiendo este concepto de aquella inspiración del papa Benedicto XVI:

Pero considero importante sobre todo el hecho de que también las personas que se declaran agnósticas y ateas deben interesarnos a nosotros como creyentes. Cuando hablamos de una nueva evangelización, estas personas tal vez se asustan. No quieren verse a sí mismas como objeto de misión, ni renunciar a su libertad de pensamiento y de voluntad. Pero la cuestión sobre Dios sigue estando también en ellos, aunque no puedan creer en concreto que Dios se ocupa de nosotros. En París hablé de la búsqueda de Dios, como motivo fundamental del que nació el monacato occidental y, con él, la cultura occidental.

Como primer paso de la evangelización debemos tratar de mantener viva esta

*búsqueda; debemos preocuparnos de **que el hombre no descarte la cuestión sobre Dios como cuestión esencial de su existencia; preocuparnos de **que acepte esa cuestión y la nostalgia que en ella se esconde.** Me vienen aquí a la mente las palabras que Jesús cita del profeta Isaías, es decir, que el templo debería ser una casa de oración para todos los pueblos (cf. Is 56, 7; Mc 11, 17). Él pensaba en el llamado “patio de los gentiles”, que desalojó de negocios ajenos a fin de que el lugar quedara libre para los gentiles que querían orar allí al único Dios, aunque no podían participar en el misterio, a cuyo servicio estaba dedicado el interior del templo. Lugar de oración para todos los pueblos: de este modo se pensaba en personas que conocen a Dios, por decirlo así, sólo de lejos; que no están satisfechos de sus dioses, ritos y mitos; que anhelan el Puro y el Grande, aunque Dios siga siendo para ellos el “Dios desconocido” (cf. Hch 17, 23). Debían poder rezar al Dios desconocido y, sin embargo, estar así en relación con el Dios verdadero, aun en medio de oscuridades de diversas clases.***

Creo que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de “patio de los gentiles” donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin conocerlo y antes de que hayan encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia. Al diálogo con las religiones debe añadirse hoy sobre todo el diálogo con aquellos para quienes la religión es algo extraño, para quienes Dios es desconocido y que, a pesar de eso, no quisieran estar simplemente sin Dios, sino acercarse a él al menos como Desconocido”. (Benedicto XVI, Discurso a la Curia romana, 21 diciembre 2009).

Además de lo ya dicho, es bueno afirmar que, como creyentes, no podemos vivir sin la Eucaristía, por eso:

- Es necesario, además, descubrir que cuando participo en una celebración hoy, doy un verdadero testimonio de fe y me identifican como cristiano (*ese va a Misa*).
- En muchas celebraciones nos encontramos con cristianos ocasionales e incluso alejados que pueden recibir la Buena Noticia y experimentar la presencia de Dios.
- Una liturgia, bien realizada, cuidada, con los ornamentos y todos los demás objetos limpios y todo bien preparado, evitando improvisaciones, es una expresión de la belleza de la Iglesia. Esta fascinación por la belleza del culto ha sido causa de conversiones.
- Es necesario ayudar a los sacerdotes a que planifiquen y celebren muy bien los *ritos exequiales*... aunque estos sean sólo aquellos que se realizan en el cementerio. Se debe evitar todo asomo de mercantilismo en estas y otras celebraciones... ¡Hay imágenes que valen más que mil palabras! Son los impactos que quedan grabados y después son esos los que se generalizan y estandarizan, los que llegan a través de los medios de comunicación de todo tipo

y se convierten en abono de anticlericalismo. Así como el papa Francisco cuida los gestos, que son muy expresivos, seamos todos muy cuidadosos con esos gestos en donde puede aparecer cualquier sombra de mercantilismo.

Por eso, es necesario que nos preguntemos:

- ¿Tal y como celebramos o participamos en la Eucaristía creamos un clima acogedor y evangelizador con lo que hacemos y con la actitud con qué lo hacemos?
- Una comunidad instalada en las prisas en donde se percibe que está blindada a cualquier palabra que se le pueda decir; una Comunidad que después de la Comunión ya se sitúa en la puerta de salida del templo y apenas recibida la bendición son los primeros que están en la calle, ¿constituye una comunidad en donde se puede celebrar la Eucaristía con frecuencia?
- Una Comunidad en donde se muestra ostensiblemente el reloj apenas comenzada la celebración y varias veces durante la homilía, aunque esta sea corta... no puede ser agente evangelizador. Se ha instalado en el cumplimiento, cumplimiento.

La **Programación Diocesana de Pastoral** viene reiterando la llamada a “*dignificar las celebraciones litúrgicas*” y a “*cumplir las normas*”. Esto afecta fundamentalmente a la forma de celebrar y a la actitud con que lo hacemos, tanto quien preside como quien participa en la Asamblea. Cierto que se avanzó mucho, pero queda mucho por hacer. Este Sínodo tiene que ayudarnos a replantear este camino de celebración de los misterios de nuestra fe, es decir: **¡Creemos o no creemos!**

Quizás el Sínodo debiera de propiciar un cambio o una regulación del número de Misas; será necesario un cambio con el fin de pasar de muchas celebraciones (Misas) a celebraciones que propicien el encuentro con Dios y dinamicen el compromiso misionero: preocupación por los miembros de la parroquia enfermos, que están solos o que padecen necesidad; mayor sentido de pertenencia a la hora de implicarse en el sostenimiento de nuestros templos; de comprometerse en la labor de Cáritas... ¡ninguna Eucaristía debe ser celebrada si no tiene una dimensión caritativa social!

A cada uno nos gusta nuestra parroquia, en torno a la que se encuentran las sepulturas de los abuelos y de los padres... pero ¿no nos empobrecen esas celebraciones con tan poca gente, a prisa y corriendo, sin cantos y omitiendo las lecturas para una mayor brevedad, etc. y sólo a costa de la comodidad por no ir a otro lugar o parroquia? Si rompemos esta dinámica y nos abrimos a participar en otros lugares, otro día, los otros vecinos de la parroquia de al lado vendrán junto a nosotros. Hay parroquias cuyos campanarios se ven en el horizonte, ni siquiera las separan dos Km.

De todos es sabido que la liturgia eucarística tiene su prolongación en la **Adoración al Santísimo Sacramento**. En nuestra Diócesis hay signos elocuentes de

esta adoración en varios lugares. En algunas Diócesis se han abierto algunos lugares de Adoración perpetua del Santísimo Sacramento, sería bueno que Sínodo pudiera acoger en sus reflexiones esa realidad.

Estoy totalmente esperanzado en que este Sínodo debe poner las bases para dignificar la liturgia porque urge promover ministerios laicales y apostar por una formación de los laicos. No se trata de su clericalización, sino de su formación y de la capacitación para que ejerzan los ministerios laicales con dignidad.

La doctrina del papa Francisco es muy elocuente con respecto a todos estos. Nos puede servir como síntesis estos puntos: Se requiere lograr que *la ministerialidad se configure de tal manera que esté al servicio de una mayor frecuencia de la celebración de la Eucaristía, aún en las comunidades más remotas y escondidas*. En Aparecida se invitó a escuchar el lamento de tantas comunidades de la Amazonia «privadas de la Eucaristía dominical por largos períodos» Pero al mismo tiempo se necesitan ministros que puedan comprender desde dentro la sensibilidad y las culturas amazónicas.

El modo de configurar la vida y el ejercicio del ministerio de los sacerdotes no es monolítico, y adquiere diversos matices en distintos lugares de la tierra. *Por eso es importante determinar qué es lo más específico del sacerdote, aquello que no puede ser delegado. La respuesta está en el sacramento del Orden sagrado, que lo configura con Cristo sacerdote. Y la primera conclusión es que ese carácter exclusivo recibido en el Orden, lo capacita sólo a él para presidir la Eucaristía. Esa es su función específica, principal e indelegable*. Algunos piensan que lo que distingue al sacerdote es el poder, el hecho de ser la máxima autoridad de la comunidad. Pero san Juan Pablo II explicó que aunque el sacerdocio se considere “jerárquico”, *esta función no tiene el valor de estar por encima del resto, sino que «está ordenada totalmente a la santidad de los miembros del Cuerpo místico de Cristo»*. Cuando se afirma que el sacerdote es signo de “Cristo cabeza”, el sentido principal es que Cristo es la fuente de la gracia: Él es cabeza de la Iglesia «porque tiene el poder de hacer correr la gracia por todos los miembros de la Iglesia».

El sacerdote es signo de esa Cabeza que derrama la gracia ante todo cuando celebra la Eucaristía, fuente y culmen de toda la vida cristiana. Esa es su gran potestad, que sólo puede ser recibida en el sacramento del Orden sacerdotal. Por eso únicamente él puede decir: “Esto es mi cuerpo”. Hay otras palabras que sólo él puede pronunciar: “Yo te absuelvo de tus pecados”. Porque el perdón sacramental está al servicio de una celebración eucarística digna. En estos dos sacramentos está el corazón de su identidad exclusiva.

En las circunstancias específicas de la Amazonia, de manera especial en sus selvas y lugares más remotos, *hay que encontrar un modo de asegurar ese ministerio sacerdotal. Los laicos podrán anunciar la Palabra, enseñar, organizar*

sus comunidades, celebrar algunos sacramentos, buscar distintos cauces para la piedad popular y desarrollar la multitud de dones que el Espíritu derrama en ellos. Pero necesitan la celebración de la Eucaristía porque ella «hace la Iglesia», y llegamos a decir que «no se edifica ninguna comunidad cristiana si esta no tiene su raíz y centro en la celebración de la sagrada Eucaristía». Si de verdad creemos que esto es así, es urgente evitar que los pueblos amazónicos estén privados de ese alimento de vida nueva y del sacramento del perdón.

Esta acuciante necesidad me lleva a *exhortar a todos los Obispos, en especial a los de América Latina, no sólo a promover la oración por las vocaciones sacerdotales, sino también a ser más generosos, orientando a los que muestran vocación misionera para que opten por la Amazonia.* Al mismo tiempo conviene revisar a fondo la estructura y el contenido tanto de la formación inicial como de la formación permanente de los presbíteros, para que adquieran las actitudes y capacidades que requiere el diálogo con las culturas amazónicas. Esta formación debe ser eminentemente pastoral y favorecer el desarrollo de la misericordia sacerdotal.

Aunque sé que para algunos esta es una cuestión problemática, *siguiendo el Concilio Pastoral de Galicia debemos de ser más permeables a la celebración litúrgica en gallego,* que sean bien celebrados y repasados los textos antes de su proclamación. Apostar por *una integración cordial y no por imposiciones que no conducen a nada.*

Para ello es imprescindible formarlos y, por parte de los laicos, dejarse formar y poner los medios para ello. Es imprescindible promover los Equipos de liturgia parroquiales y/o Arciprestales (en las parroquias rurales una o dos personas con gente de otras y juntos formarse, preparar las celebraciones juntos con los sacerdotes) para lograr unas celebraciones más vivas, festivas y acogedoras, en donde se pueda vivir con seriedad el misterio de la Redención de Dios, no una mala comedia.

Necesitamos compaginar:

- Creatividad.
- Espontaneidad (no robots)
- Fidelidad a lo que la Iglesia pide (la liturgia no es nuestra, es de la Iglesia y no podemos hacer ni lo que queremos, ni cuando queramos).

Gracias, una vez más, pero quisiera haceros ver, con todo respecto, que estas sugerencias y otras muchas, que razón de la brevedad no puedo explicitar, precupan mi corazón de pastor y responsable último de las celebraciones litúrgicas en esta Iglesia particular.

¡Muchas gracias!

ESCRITOS

Introducción del Sr. Obispo en la Revista *Pastoralia* con motivo de la Cuaresma 2020

Los tiempos litúrgicos con su cadencia cíclica son una oportunidad que nos ofrece la Iglesia para vivir en una constante dinámica de conversión. Entre ellos, la Cuaresma es por excelencia una ocasión propicia para vivir la realidad que se nos propone en el lema que se ha escogido en nuestra Diócesis para que nos acompañe durante este tiempo: Hago nuevas todas las cosas (Ap 21,5)

Al hablar de la Cuaresma parece que la Iglesia, como madre y maestra, coloca delante de cada uno de nosotros un “despertador” que nos avisa para no olvidarnos de que en todo momento debemos estar abiertos a la conversión personal y comunitaria. Esta dinámica de la conversión se configura así, en la vida de un cristiano, como una perenne novedad que quiere ayudarnos a salir de nuestras tibiezas y claudicaciones, de nuestra existencia de creyentes instalados y, en ocasiones, con un espíritu no solo materializado o mercantilizado, sino tantas veces metalizado por las cosas y por la manera de tratar a las personas y de vivir los acontecimientos cotidianos, incluso aquellos que acaecen en el seno de nuestra Iglesia.

Vivir con baja intensidad espiritual nos lleva a una existencia eclesial de rutinas en donde la ley de la inercia hace que nos contentemos con el “siempre se ha hecho así”. En nuestra Iglesia llevamos varios años preparándonos para el Sínodo Diocesano. Si volvemos la mirada atrás nos damos cuenta que cuando inauguramos aquel Año de la Fe (12 de octubre de 2012) en comunión con la Iglesia Universal, ya iniciábamos juntos un camino de conversión interior. Con ocasión de ese año comencé a elaborar mi primera carta pastoral que vería la luz el 25 de noviembre de 2012, en ella ya manifestaba a la familia diocesana que ¡Nos urge ponernos en camino! Dejemos al margen los criterios de antigüedad, oposición o beneficio. No es cuestión de edades sino de entrega (...) Es necesario empeñarnos en la construcción de comunidades cristianas, o grupos apostólicos auténticamente convertidos y formados, que nos ayuden en la tarea de la evangelización¹.

En enero de 2014, en una carta dirigida a través de *Comunidade*, manifestaba, a la luz de la *Evangelii gaudium* del papa Francisco, y así se lo manifestaba al IV Consejo Presbiteral de mi pontificado, que era necesario comenzar a reflexionar para el trienio 2012-2015 en una gran misión diocesana, y ya en aquel momento invitaba a todos los hijos de esta Iglesia a aquel proyecto que en su origen hemos denominado Ourense en misión². Esa llamada era una invitación a todos los fieles que viven su fe en estas tierras. La Iglesia en Ourense nos lanzaba un reto y ya de aquella se nos decía que hay que entenderlo en clave de misión y de conversión. Al coincidir aquel curso con los 50 años de la coronación canónica de la

imagen de la Virgen de los Milagros, a la que se le profesa una tierna devoción en nuestra Diócesis y en las demás iglesias vecinas, se convocó un Año Mariano 2014-2015 en toda la Diócesis, de tal modo que el proyecto inicial se transformó en: Iglesia en misión con María.

En mi carta pastoral Ourense en misión (2015), me dirigía a los diocesanos y les expresaba mis deseos: Quisiera convocar a todos los hijos e hijas de esta Iglesia que peregrina por las tierras de Ourense a un Sínodo Diocesano³. Y con motivo del Año de la Misericordia que hemos vivido con especial intensidad en nuestra Diócesis y le hemos dado un sentido de conversión, con signos externos de apertura, por primera vez en nuestra historia, de una puerta santa en la catedral del Señor San Martín y en otros templos significativos de nuestra Diócesis y, aprovechando aquel momento de gracia manifesté: La Iglesia desea que este Año jubilar sea una ocasión propicia para vivir una conversión personal a través de la cual podamos lograr esa conversión de las actividades pastorales de nuestra Iglesia, llamada, con la ayuda del Señor y de Santa María Madre, a emprender un camino compartido por todos los fieles - en sínodo -, haciendo más vivo y expresivo ese proyecto en el que todos estamos implicados a lo largo de los próximos años: Ourense en misión.

Solo una Iglesia evangelizada y evangelizadora es una Iglesia misionera, y la sociedad actual reclama con urgencia un rostro más evangelizador y misionero⁴. El Sínodo Diocesano surge como querer de Dios para esta Iglesia y lo hace dentro de una clave general de conversión para que se hagan nuevas todas las cosas, y esa gran novedad que brota del Evangelio vivo se hará si volvemos a «lo esencial».

Por eso, la conversión a la que nos invita la Cuaresma de este año queremos vivirla en clave de sinodalidad y, no nos olvidemos que hemos emprendido este camino juntos no para buscar una especie de restauracionismo eclesial, ni para permanecer en la mediocridad estéril, ni siquiera para una especie de renovación sin sentido como si pretendiésemos una refundación del sistema eclesial *ex novo*. Nuestro camino sinodal nos está ayudando a buscar una fidelidad creativa que nos ayude a ser conscientes de la herencia de nuestra historia y así abrirnos sin miedos ni condicionamientos a la nueva tarea evangelizadora que nos espera. El Sínodo nos invita a la conversión pastoral que será efectiva si se logra la conversión personal. No buscamos con nostalgia un pasado glorioso, ni sentimos tristeza por el presente ni, por supuesto, nos dejamos llevar por una desesperanza de cara al futuro. ¡Todo lo contrario! La Cuaresma de este año 2020 se abre ante nosotros para que, en clave sinodal, hagamos un compromiso confiado y agradecido al Dios de la Misericordia que nos está invitando, constantemente, en su Iglesia a ser testigos, profetas y creadores de comunión y de fraternidad.

En este momento recuerdo lo que me comentaba un obispo, al finalizar el Sínodo de su Diócesis. Me decía que uno de los sacerdotes se encaró con él y le

dijo; Sr. Obispo: ¿Usted cree que con este Sínodo va a solucionar alguno de los problemas que tiene la Diócesis? Y el Obispo le contestó: Yo no sé si con este Sínodo vamos a solucionar algo; sin embargo, de lo que sí estoy seguro es que, con los brazos cruzados, situados al borde del camino e instalados en la crítica negativa no se solucionará nada ¡al contrario!

La espiritualidad de la sinodalidad nos debe cautivar el corazón y, si así acontece, se convertirá en una dinámica muy hermosa; sin embargo, todos sabemos que vivirla y hacerla realidad es una empresa difícil⁵, de ahí que siempre estén presentes la incertidumbre y el cansancio, el desaliento y la tentación contra la esperanza. Hemos emprendido ese camino siendo conscientes de que, recorriéndolo juntos, podemos lograr, con la ayuda del Señor, animar la vida y la misión evangelizadora de nuestra Iglesia. Lo lograremos si caminamos unidos, en la misma Iglesia y bajo la guía del Resucitado, porque estamos convencidos de que los fracasos santifican, las omisiones no; por eso estamos seguros de que, pase lo que pase, desde la perspectiva de un corazón abierto a la novedad de la conversión, el camino sinodal recorrido es ya un éxito eclesial y ya está dando frutos. El camino sinodal quiere convertirse para todos los hijos e hijas de esta Iglesia en un “kairós” de renovación. Ese hecho nos impulsará a vivir con esperanza la sinodalidad y la comunión como una opción personal de vida. Para lograrlo es necesario abrirnos a la conversión. Si obramos así, sin reticencias, sin inercias pastorales inmovilistas, sin instalarnos en la falta de compromiso que siempre es malsano y que nos lleva a “balconear” y a llenarnos de celos y rechazos premeditados. Si nos abrimos de par en par al querer de Dios en una Iglesia que sabe bien que la sinodalidad además de ser una «dimensión constitutiva de sí misma» es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio, entonces seremos y viviremos como auténticos hijos de la Iglesia, testigos misioneros. Por eso, siendo conscientes de esta realidad, sabemos bien que a los sacerdotes en el Presbiterio, a los consagrados en su vida fraterna en comunidad y a los laicos en todo el ámbito de las realidades temporales, el camino sinodal nos impulsará a vivir como algo nuevo ese dinamismo de «salida misionera».

No nos olvidemos de que la Palabra de Dios contemplada y meditada, personal y comunitariamente, de manera especial en este tiempo cuaresmal, nos ayudará a descubrir que, al igual que Moisés (Ex 3,17), Abrahán (Gen 12,1-3), Jeremías (Jer1, 7) y otros muchos personajes bíblicos, el Espíritu Santo nos sacará de nuestras tierras, familias, destinos, cargos, ocupaciones pastorales, toma de posturas en la vida... y, nos lanzará hacia nuevos horizontes⁶.

Este dinamismo está inserto en la esencia misma del ser de la Iglesia, de ahí que el papa Francisco nos dice con fuerza: La salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia⁷. Teniendo en cuenta que ya nos encontramos a las puertas de un Año Santo Compostelano, para entender esta experiencia de «salida», nos

puede ayudar a comprender lo que decimos la metáfora del peregrino que cuando se decide a ponerse en camino se da cuenta de lo mucho que le sobra.

El tiempo cuaresmal con la dinámica de la oración, limosna y ayuno nos invita a entrar en la “espesura” de la oración para descubrir el querer de Dios y ahí aprender que la limosna no se queda en un gesto simbólico que nos lleva a sacudir la calderilla del bolsillo sino que también es dedicar nuestro tiempo a los demás sin esperar aumento de tasas o estipendios, y que cada servicio realizado es ya un regalo; que cuando prescindimos de un descanso y de otros regalos que, lícitamente nos concedemos, y en su lugar visitamos a los ancianos y enfermos, a los que viven solos en el entorno de nuestra comunidad, empleamos nuestro tiempo para escuchar y acoger a aquellos que nos necesitan, estas acciones sí que son un verdadero ayuno.

Para lograr todo esto necesitamos cuidar el espíritu de oración, la disponibilidad, la atención al otro, el trabajo bien hecho sin esperar nada a cambio. Para lograr todo esto también es imprescindible poner por obra la tercera realidad a la que nos invita la Cuaresma que es la limosna; es decir, debemos acoger el espíritu de desprendimiento al que nos invita la Iglesia. Si nos dejamos llevar de las leyes de “haber-debe”, si lo que nos preocupa es la “cuenta de resultados” o el monto global de los ingresos a principios de mes, si nuestra disponibilidad solo puede ser medida por una gratificación o compensación económica, si nuestro servicio sólo estamos dispuestos a realizarlo no a cualquier precio, tenemos que reconocer que, si actuamos así, todavía no nos hemos enterado de lo que significa ser cristiano y lo que esta vocación implica: servicio al hermano.

La Cuaresma, dentro de este año sinodal nos ayudará a descubrir que solo si vivimos la pobreza cristiana estaremos disponibles para ser esos testigos misioneros que la Iglesia y nuestro mundo necesita. Solo desde la pobreza, vivida personalmente como una actitud básica de un corazón desprendido, podemos entender la sinodalidad y sus implicaciones concretas en la vida de nuestra Iglesia. Desde esta perspectiva que nos conduce a una auténtica conversión personal se puede vivir la sinodalidad como una opción existencial creyente. Y en este estilo de vida se fundamenta el hecho de que la sinodalidad debe ser la clave de todos nuestros trabajos pastorales: grupos de parroquias, unidades de atención parroquial, Arciprestazgo, Diócesis, Iglesia Universal.

Este espíritu antiguo como el Evangelio y cargado de una gran novedad gracias al redescubrimiento actual que la Iglesia ha hecho de la sinodalidad⁸, nos servirá para destacar en nuestras vidas y en nuestras comunidades, una serie de actitudes que nos ayudarán a hacer nuevas todas las cosas. Todo lo que supone aceptar al otro, escuchar, dialogar, abrirse al trabajo en equipo, vencer el individualismo y toda autoreferencialidad nos situará en el verdadero camino que llena la vida de esperanza y de una sana alegría en la entrega, aunque esta sea dura. Sin embargo, todo personalismo y todo protagonismo narcisista, así como el clericalismo, son esas actitudes

que producen una quiebra en nuestro corazón y nos impiden descubrir la belleza de la comunión y de la fraternidad que son consecuencias de la sinodalidad.

Lo sabemos muy bien, la Cuaresma supone cambio -metanoia-, dejarnos llevar por el Espíritu de Jesús que se hace peregrino en nosotros y con nosotros para que todo se haga nuevo en el camino a seguir. No nos olvidemos que, si caminamos sinodalmente hacia una comunión que se refleja en nuestra vida y en las comunidades a las que pertenecemos o servimos, estaremos haciendo de la Iglesia la casa y la escuela de comunión y este es el gran desafío que nuestros contemporáneos piden de nosotros⁹. Aquí se funda la auténtica espiritualidad de comunión. Sin este camino de conversión de muy poco servirán los instrumentos externos de comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que en sus modos de expresión y crecimiento. Que esta Cuaresma, dentro del marco de las sesiones de la Asamblea del Sínodo Diocesano (2016-2020), sea una ocasión para convertirnos de veras, ¡ya es hora de dejar de poner obstáculos a la comunión! Estas actitudes dañan nuestro corazón y manchan el rostro de la Iglesia que es una gran familia compuesta por muchos hogares: las parroquias, las comunidades cristianas, los grupos, los movimientos apostólicos, etc. Y no nos olvidemos de aquello que resonó con fuerza en las XII Jornadas de Teología: O vamos juntos o no iremos a ninguna parte.

En este tiempo fuerte de la vida de la Iglesia os invito, una vez más, a caminar juntos hacia la clausura de la Asamblea Sinodal que será los días 6 y 7 de junio; a estas fechas me gusta añadir el día 8, que providencialmente será el lunes siguiente y, de algún modo, quisiera descubrir tras él ese misterioso octavo día que quiere convertirse en una invitación para que, a partir del mismo, comencemos a caminar sinodalmente, *camiñando xuntos, camiñando unidos, somos a Igrexa de Cristo en Ourense. Imos da man de San Martiño e con Santa María Nai*, tal como nos recuerda el himno de nuestro Sínodo Diocesano.

NOTAS:

- 1 Carta pastoral con motivo del Año de la Fe ¡Querer creer! (25 de noviembre de 2012) p. 69.
- 2 Cf. Revista *Comunidade*, 240 (Enero 2014) p. 3.
- 3 Carta pastoral *Ourense en misión*, Ourense (22 de junio de 2015) p. 94.
- 4 Revista *Comunidade*, 265 (Febrero 2016) p. 3.
- 5 Cf. FRANCISCO, Discurso en la Conmemoración del 50 Aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos (17 de octubre de 2015).
- 6 Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n° 20.
- 7 Ibid., n° 15.
- 8 PABLO VI, Carta apostólica en forma de «Motu proprio» *Apostolica sollicitudo* (15 de septiembre de 1965).
- 9 Cf. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, (Roma 2001), n° 43.

CARTAS

A todos los sacerdotes de la ciudad de Ourense, a los consagrados y consagradas, a los miembros de los grupos, movimientos y asociaciones laicales y a todos los fieles, con ocasión de la celebración del Miércoles de Ceniza

Os invito a participar en la celebración de la Eucaristía, en la Catedral de San Martín, *a las 19:30 horas, el próximo día 26 de febrero, Miércoles de Ceniza*, en el que iniciaremos el tiempo de Cuaresma.

Con el rito de la imposición de la ceniza, tan expresivo y que tiene raíces bíblicas, queremos expresar, tanto personal como comunitariamente, lo que somos: Somos *pecadores convertidos* por la gracia de Dios.

La Eucaristía presidida por el Obispo y concelebrada por los sacerdotes, sus más estrechos colaboradores, siempre posee un significado especial, por eso es bueno que toda la comunidad eclesial que vive en esta ciudad asista a esta Misa. Os ruego a los sacerdotes que ajustéis vuestros horarios a este acto de comunión.

Este año queremos hacerlo con una intensidad particular porque nos encontramos en la fase conclusiva del Sínodo Diocesano. Este acontecimiento tiene que servirnos para que crezca en todos nosotros, sacerdotes, consagrados y laicos, el espíritu de sinodalidad. Que durante esta Cuaresma aprovechemos para suplicar al Señor de la Misericordia no solo nuestra conversión personal sino la de toda la comunidad diocesana para poder vivir así esa *opción existencial* a la que nos invita la Iglesia y que consiste en crecer en esa conversión pastoral que tanto deseamos y de la que depende nuestro espíritu de comunión.

En la ciudad de Ourense, a 20 de febrero de 2020.

Os bendice con afecto y se encomienda a vuestras oraciones.

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Enero

2020 ;Un año nuevo especial!

El papa Francisco al inicio de esta década, el 24 de noviembre de 2013, nos obsequiaba con la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (EG). En ella nos marcaba las líneas fundamentales que tenía que recorrer nuestra Iglesia para ser una casa para muchos, una madre para todos los pueblos, y que haga posible el nacimiento de un mundo nuevo (EG, n.288).

La búsqueda, o quizás sería mejor decir, la conquista de esta novedad a la que todos nos encaminamos no es un programa especial, ni un plan pastoral de emergencia eclesial; esta novedad no es algo que acontezca ahora mismo, sino que es una realidad a la vez antigua y nueva, siempre de perenne actualidad: esa novedad se llama Jesucristo, sólo Él puede hacer nuevas todas las cosas (Ap 21, 5). Sólo acercándonos a Él podemos entrar por la vía de una auténtica renovación. Por este motivo, todos los miembros sinodales, desde el primer momento, hemos tenido clara esta idea: la verdadera renovación de nuestras comunidades y de las estructuras que la conforman, entre ellas las Parroquias, las Unidades de atención parroquial, los Grupos, Movimientos y Asociaciones apostólicos, la Vida Consagrada en toda la riqueza de sus facetas y los Sacerdotes, sólo si nos dejamos llenar por el dinamismo del Espíritu Santo que nos acerca a ese gran modelo de vida y de acción que es Jesucristo, seremos cauce de renovación y de revitalización de esta comunidad eclesial.

Sínodo significa, como bien sabéis, caminar juntos, unidos, en la misma dirección que nos viene marcada por aquel que es el Camino y la Verdad y la Vida (Jn 14, 6). En una sociedad que se nos presenta como postcristiana y cargada de un fuerte paganismo, en donde la persona, la verdad y la vida misma se convierten en realidades manipulables y, en ocasiones, totalmente diferentes a lo que significan en sí mismas; en este tiempo en el que nos movemos no sólo estamos asistiendo a una época de cambios - que también -, sino que lo que en realidad estamos viviendo es un cambio de época. Esta situación nos lleva a interpelarnos por la urgencia, más imperiosa que nunca, de hacer resonar la Buena Nueva de Jesús (EG nº 288). De ahí que, si quisiéramos buscar una idea global de lo que pretende conseguir el Sínodo Diocesano, sin ninguna duda ésta sería su síntesis más completa: buscar juntos, y realizarla, una nueva tarea evangelizadora en nuestro pueblo y con nuestras gentes.

Cuando contemplamos la realidad que nos rodea, ya sea en el ámbito urbano como en el extenso mundo rural, nos damos cuenta de que ya no estamos en la cristiandad, como afirmaba el papa Francisco delante de la Curia romana, el

pasado 21 de diciembre. Ya no somos los únicos que producimos cultura, ni los primeros, ni los más escuchados. A nuestros conciudadanos y vecinos les llegan otras voces, otras opiniones, otros planteamientos diferentes, otros paradigmas que, en ocasiones, pretenden negar nuestra fe, marginalarla, ridiculizarla o burlarse de ella; es verdad que muchas no son opuestas al mensaje de Jesús y que podemos aprovecharlas como cauce de una nueva tarea catequética, un adecuado replanteamiento de nuestras homilías. En realidad, si las sabemos aprovechar, son como una invitación a cambiar de conducta y a abrirnos sin miedo al entorno. Es lo que nos recuerda el Papa cuando nos invita a “abrir las puertas” de nuestras iglesias y crear una Iglesia en salida hacia las periferias, que sea madre acogedora y comprensiva, que sea amable y alegre, que sea positiva y a la vez constructora de puentes.

A comienzos de este año 2020, os ruego que pidáis al Espíritu Santo que mueva el corazón de aquellos agentes de pastoral que todavía no han abierto las puertas de su corazón a la realidad de lo que es y significa un sínodo en una iglesia particular. En realidad, es necesario ayudarles a descubrir - como lo recordaba Francisco en el discurso a la Curia del que hemos hablado - de que la humanidad - en concreto nuestro pueblo y nuestras gentes - nos llama, interroga y provoca, es decir, llama a salir y no temer al cambio. Recemos por aquellos miembros de la Iglesia en Ourense que necesitan tiempo para madurar y abrirse a la realidad de una Iglesia que quiere que nos movamos en la dinámica de la nueva tarea evangelizadora y que no nos repleguemos ni en las inercias pastorales, ni en fórmulas ya pasadas que, aunque nos resulten más tranquilizadoras, en realidad nos van alejando de las auténticas necesidades de nuestras gentes y del verdadero sentido que está marcado por la sinodalidad: ser testigos misioneros al servicio de la Buena Nueva de Jesús, al servicio de los hermanos, también de aquellos que están alejados o que por diversas dificultades se han situado a la vera del camino. Para esto es nuestro Sínodo.

Recemos para que esto se haga realidad porque este es el querer de Dios para nuestra Iglesia en Ourense. Con afecto os bendice y os desea lo mejor para este nuevo año.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Febrero

La Vida Consagrada: la fuerza de un don de Dios

Este mes de febrero guarda en sí numerosos acontecimientos eclesiales: el Octavario de oración por la Unidad de los Cristianos, la Jornada de la Vida Consa-

grada, la Campaña Contra el Hambre en el Mundo, la Jornada de Manos Unidas, la fiesta de la Hospitalidad de Lourdes, la Jornada de los Enfermos, el octavo aniversario de mi ordenación episcopal y, además, celebramos el **V aniversario del Año de la Vida Consagrada**, convocado por el Papa Francisco para agradecer y profundizar en el don de la Vida Consagrada.

Aquel 2015 nos ha ayudado como Iglesia diocesana a redescubrir la generosa entrega de tantos hermanos y hermanas nuestros que viven su consagración al servicio de Dios en esta Iglesia auriense de antiquísimas raíces cristianas. No olvidamos la conmemoración de aquel Congreso Regional que, vivido con un gran **carácter celebrativo, formativo y festivo en un clima de comunión**, tantos frutos nos ha dejado. Desearía que este mismo espíritu siguiera alentando a nuestros consagrados en su **participación en las Asambleas Generales del Sínodo Diocesano y en su Clausura**, que tendrá lugar los días 6 y 7 de junio.

Con ocasión de esta efeméride y la celebración anual de la **Jornada de la Vida Consagrada**, quisiera dedicar esta carta mensual a la Vida Consagrada, porque quisiera subrayar su valor significativo y su importancia en la vida eclesial. Una comunidad diocesana en la que falte la presencia de la Vida Consagrada no sería una Iglesia plenamente viva. Las distintas formas en las que se concreta la vida consagrada constituyen una riqueza impagable en la vida de una Iglesia particular. Ellas y ellos son un signo de la gratuidad y del don de Dios *en, con y para* nosotros. Son el rostro de la ternura del Señor en medio de nuestro mundo y de la Iglesia. Una vez más, quisiera agradecer la dedicación de tantos consagrados entregados a la humanidad herida, como reza el lema de este año: **“La vida consagrada con María, esperanza de un mundo sufriente”**.

Por experiencia humana conocemos la importancia de una madre en nuestras vidas, y por experiencia espiritual también sabemos de esa necesidad que tenemos de la **presencia discreta y eficaz de la Virgen María**, como en Belén y en Nazaret, en Caná y en el Calvario, en la mañana de la Resurrección y en Cenáculo. Ella ha sido siempre **Madre y Consuelo** para Jesucristo, para la Iglesia y para la humanidad. Son muchos los **hermanos y hermanas nuestros que en medio de este mundo y en este tiempo siguen sufriendo** las consecuencias de la pobreza, de la injusticia, de la violencia o de la marginación, de la precariedad, de la increencia o del pecado. A todos ellos son enviados los consagrados y consagradas de este tiempo como un signo de esperanza, **presencia de Cristo** y rostro apasionado de una **Iglesia Madre, en salida y en misión**.

A pesar de que humanamente **pueda parecer que nuestra Vida Consagrada se debilita**, por el paso de los años y la escasez vocacional, debemos reafirmar con fuerza nuestra convicción de que la gran fuerza y la mejor promesa de **futuro de la vida Consagrada sigue siendo y será siempre Jesucristo**.

A vosotros, consagrados y consagradas que vivís en esta Iglesia que os quiere,

una Iglesia y una **tierra mariana**, os repito aquellas hermosas palabras del Papa Francisco: *Por favor, no os olvidéis de la primera vocación, la primera llamada. ¡Haced memoria! Con ese amor con el que fuisteis llamados, el Señor hoy os sigue llamando. Que no disminuya esa belleza del estupor de la primera llamada.* Seguimos contando con vosotros, os necesitamos. No dejéis de ser luz y sal para nosotros y para esta humanidad. Nuestro pueblo os necesita y de los labios de su corazón surge siempre una plegaria: *Roguemos al Dueño de la mies que envíe operarios a su mies.*

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Marzo

Las normas pastorales: ¿“muro” o “puente” de comunión?

Con bastante frecuencia está siendo objeto de reflexión y debate en el marco del Sínodo diocesano la problemática referente al cumplimiento de las normas que regulan las actividades pastorales en nuestra Iglesia particular.

Estas normas son, sobre todo, una expresión efectiva de la comunión eclesial. No son construcciones arbitrarias, sino todo lo contrario: son plasmaciones concretas y prácticas del querer de la Iglesia Universal adecuadas a la vida y a las costumbres de nuestras gentes, teniendo en cuenta, además, la historia multiseccular de nuestra Iglesia local. Una comunidad que no tenga unas pautas que regulen su conducta está abocada a la arbitrariedad y, por consiguiente, terminará lesionando los derechos de las personas que la integran. De poco serviría el conjunto más perfecto e inteligente de normas pastorales si no es recibida con un corazón abierto y no es motivada por el Espíritu Santo.

Nuestra normativa diocesana no es nada original, sino que constituye un eco fiel de lo establecido por la Iglesia Universal; por consiguiente, nunca puede ser considerada como una pesada carga que hay que cumplir, sino un camino de liberación que nos ayuda a salir de nosotros mismos y de nuestras ideas para caminar juntos.

La clave de la vivencia de las normas pastorales, litúrgicas y administrativas está en el amor a la Iglesia, una Iglesia que nos lo ofrece todo y, en ese sentido, también nos pide todo. En una sociedad como la nuestra cargada de subjetivismos, individualismos y de particularismos, que muchas veces se convierten en sistemas ideológicos que se imponen a los demás, corremos el riesgo de ver las pautas y normas de conducta que nos ofrece la Iglesia como algo que ya está superado o pasado de moda. Pero cambiando y suprimiendo aquello que ha

establecido la tradición de la Iglesia, se corre el riesgo de convertirnos en “autolegisladores” que arbitrariamente imponen sus criterios, realizando así un atentado a la libertad de los demás fieles.

Es necesario que los sacerdotes sean conscientes de que nunca deben ponerse ellos mismos o sus opiniones en el primer plano de su ministerio, sino a Jesucristo. Todo intento de ponerse a sí mismos como protagonistas de la acción litúrgica contradice la identidad sacerdotal. (BENEDICTO XVI, SC, nº 23).

Algunos fieles laicos, ante experiencias vividas como consecuencia del incumplimiento de las normas o de la arbitrariedad en su aplicación, se muestran confusos por esa falta de comunión y perciben una imagen de la Iglesia nada favorable. Por otra parte, además de ser injusto exigir a unos lo que a otros se les dispensa, nos desacredita a unos delante de los otros y, normalmente, suele quedar mal aquel que respeta las normas de la Iglesia. Si las guardamos nos evitaremos muchos problemas. Lo que no se puede es adaptar las normas por favoritismo o por quedar bien personalmente, obviando la responsabilidad que la Iglesia nos ha confiado con el fin de aprovechar cualquier ocasión para educar en la fe, hacer una catequesis adecuada a las circunstancias y vivir la comunión. Quizás, observar esta actitud de fidelidad nos llevará a encontrarnos con algún momento de incomprensión por parte de ciertos fieles, que casi siempre son aquellos que viven la comunión eclesial de forma epidérmica y participan en la vida de la comunidad cristiana de forma puramente oficiosa y esporádica. No son situaciones fáciles, sin embargo, si existe comunión entre los pastores que atienden las comunidades cristianas del entorno, y todos les hablan y actúan de acuerdo con la misma praxis pastoral, entonces gran parte del problema se soluciona. Las tensiones se generan cuando uno exige lo establecido y en la parroquia vecina se ofrecen rebajas sustantivas que, en ocasiones, son arbitrarias y subjetivas y pueden llegar a afectar a la forma canónica establecida por la Iglesia. Esto constituye una acción grave, moralmente hablando, y puede llegar a causar implicaciones próximas a la irregularidad canónica. Sin embargo, si lo pensamos con serenidad y vivimos las normas pastorales que se nos ofrecen, a la larga todos saldremos beneficiados y la Iglesia se mostrará como una madre amorosa, con un solo rostro, que se preocupa de todos sus hijos sin distinción y busca lo mejor para ellos, aunque en ocasiones deba corregirlos y no la comprendan de manera inmediata.

Para aquel que ama a la Iglesia y tiene deseos de crecer en su fe, la normativa establecida siempre se queda corta: el que ama no cumple, sino que vive lo que la Iglesia le enseña y recomienda. Un cristiano y una comunidad que valoran su fe no viven constreñidos en el puro cumplimiento de las normas, conformándose, normalmente, con lo “mínimo”.

Los laicos tienen el deber de conocer las normas diocesanas y, así mismo, el derecho de que éstas sean claras y aplicables a todos. Los presbíteros, por su parte,

tienen la obligación de darlas a conocer, procurando que sean comprendidas y amablemente exigidas y respetadas como expresión de fraternidad con sus compañeros de Presbiterio, como signo de fidelidad al Obispo y a la Iglesia y, sobre todo, buscando el bien de todos fieles. La fraternidad sacerdotal y la comunión tienen que ser visibles en hechos y actuaciones concretas.

El espíritu de esta normativa busca romper el distanciamiento y la concepción de la parroquia como “estación de servicios” o “mesón” de paso: se acude a la parroquia cuando se necesita algo de ella, y una vez que me sirven, me voy. Nuestras comunidades parroquiales deben ser auténticas comunidades de fe que, a través de la vivencia de la normativa pastoral, puedan expresar su pertenencia a la Iglesia.

El papa Francisco insiste con frecuencia en sus intervenciones que un hijo de la Iglesia debe luchar por construir puentes con su vida y no levantar muros. La normativa pastoral, catequética, litúrgica y administrativa establecida en nuestra Iglesia diocesana quiere ser un puente con el que se construya la comunión entre todos los que formamos parte de esta comunidad que peregrina en la fe por estas tierras. Esto sería imposible si, en lugar de puentes, construimos muros con nuestras desobediencias, infidelidades y con nuestros personalismos e individualismos, que nos convierten en autorreferenciales y, por consiguiente, en un obstáculo a la comunión y a la sinodalidad.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense